
INSTITUTO TECNOLÓGICO Y DE ESTUDIOS SUPERIORES DE OCCIDENTE

Reconocimiento de Validez Oficial de Estudios de nivel superior según Acuerdo
Secretarial 15018, publicado en el DIARIO OFICIAL DE LA FEDERACIÓN EL 29
DE NOVIEMBRE DE 1976

DEPARTAMENTO DE ESTUDIOS SOCIOPOLÍTICOS Y JURÍDICOS

MAESTRÍA EN POLÍTICA Y GESTIÓN PÚBLICA



LA RELACIÓN POLÍTICO-GUBERNAMENTAL MÉXICO Y ESTADOS UNIDOS ENTRE 1976 - 1982

Tesis Profesional

PARA OBTENER EL GRADO DE
MAESTRÍA EN POLÍTICA Y GESTIÓN PÚBLICA

PRESENTA

GERARDO ENRIQUE GARIBAY CAMARENA

Asesor Dr. Antonio López Mijares

Tlaquepaque, Jal., Enero 2012

Índice

	PAG
Introducción General	
Capítulo 1: 1976: La situación en México y Estados Unidos.....	9
1.1 1976: México.....	9
1.1.1 El fin del “Desarrollo Estabilizador”.....	11
1.1.2 La Situación política.....	14
1.2 1976: Estados Unidos.....	16
1.2.1 La Guerra de Vietnam.....	16
1.2.2 El caso Watergate.....	20
Capitulo 2: La relación entre los gobiernos de Carter y López Portillo.....	23
2.1 El arribo de López Portillo.....	23
2.2 La llegada de Carter.....	25
2.3 La política del desafío.....	27
2.4 El acercamiento a la izquierda.....	36
2.4.1 Respecto a Centroamérica.....	38
2.5 El fin de una etapa.....	40
Capítulo 3: La relación entre los gobiernos de Reagan y López Portillo.....	44
3.1 El Panorama en 1981.....	44
3.1.1 En Estados Unidos.....	44
3.1.2 En México.....	47
3.2 La crisis de la deuda.....	51
3.3 El nuevo orden económico.....	69
3.3.1 La Cumbre de Cancún.....	73
3.3.2 El caso Nicaragua.....	74
Capítulo 4: Conclusiones.....	78
4.1 El factor humano.....	79
4.2 El contexto socioeconómico.....	80
4.3 El contexto histórico.....	82
4.4 El Sexenio de López Portillo, un microcosmos de la historia.....	84
Bibliografía.....	86

INTRODUCCIÓN

Pocas fronteras en el mundo son tan grandes, tan complejas y tan cargadas por el simbolismo como la que separa a México y a los Estados Unidos. Esos 3 mil kilómetros, ahora cubiertos en buena parte por mallas y muros, dividen no solo a dos países, sino a dos culturas y dos formas de pensar que son, en muchos aspectos, absolutamente divergentes.

De un lado, la identidad de México está firmemente enraizada en la herencia latina o, mejor dicho, española, pues la península ibérica debe su particular cosmovisión no solo a los romanos, sino también a los godos, los celtas, los árabes y tantos otros pueblos a lo largo de los siglos la conquistaron y habitaron, marcando en ella su cultura y su visión del mundo.

Del otro, los Estados Unidos de América son, sin lugar a dudas, la nación que representa el máximo triunfo de la cultura anglosajona, con todas sus peculiaridades, que se observan tanto en el sistema de medidas (reflejada claramente en esa obsesión por no afiliarse al sistema métrico decimal cuando incluso Inglaterra ya lo ha hecho) como en la política e incluso en los deportes.

Por ello es que no en balde le llaman “Serie Mundial” a la final del campeonato de beisbol de ligas mayores, pues los Estados Unidos se perciben a sí mismos como un mundo aparte o, al menos así se concebían hasta antes de que los atentados terroristas del 11 de septiembre les recordaran dramáticamente que forman parte de un mundo más allá de los muelles de San Francisco y Nueva York.

Así, separados por la cultura y unidos por la geografía México y Estados Unidos comparten dos siglos de tormentosa historia, marcada por el recelo, las continuas intervenciones políticas y, particularmente, por la invasión que le costó a México más de la mitad de su territorio.

Las diferencias son notorias desde sus propios movimientos de independencia, pues en el caso norteamericano, los llamados “padres fundadores” sentaron las bases de un nuevo sistema, basado en el valor de cada persona que dejaba de lado la cultura aristocrática¹ y, con ligeras modificaciones, la estructura política que crearon permanece hasta nuestros días como una de las democracias más longevas en la historia de la humanidad.

Por otra parte, la independencia mexicana estuvo marcada desde su origen por el sanguinario e infructuoso movimiento encabezado en 1810 por Miguel Hidalgo, que en el lapso de unos pocos meses, asesinó a decenas de miles de civiles y sembró el pánico antes de ser definitivamente derrotado en la batalla del puente de Calderón.

Solo 11 años después y gracias no a la voluntad popular, sino a un acuerdo de los grupos de poder político y militar, México logró su independencia del moribundo imperio español y así, mientras que el surgimiento de los Estados Unidos fue el fruto de la libre conciencia ciudadana, el de nuestra república se realizó sin la más mínima consulta o participación de la sociedad que en ese momento y durante todo el siglo XIX se limitó a observar con resignación y espanto los desmanes de sus caudillos.

Así, marcada desde el inicio por irremediables diferencias, a lo largo de casi 200 años, la relación entre nuestras naciones ha ido tomando diversas formas, asumiendo distintos matices que se adaptan, en ocasiones ríspidamente, a las características, rasgos y necesidades particulares de cada momento histórico.

¹ Huckabee,2009: 36-37.

De este modo, durante cerca de dos siglos, hemos visto pasar épocas de alianza y de conflicto, de apoyo y de desconfianza, representadas como un microcosmos de la relación más amplia que existe, ya no entre los gobiernos, sino entre las sociedades, tan llenas de admiración, desprecio, curiosidad y envidia mutuas.

Tradicionalmente México ha mostrado una aguda dependencia política, económica y tecnológica, respecto a los Estados Unidos:

Política porque durante el siglo XIX el apoyo norteamericano fue fundamental para la consolidación de los regímenes liberales y más tarde, para la caída de Díaz y de Madero, mientras que durante las décadas siguientes altos funcionarios e incluso presidentes de la República llegaron a fungir como informantes de las agencias de inteligencia norteamericanas.

Económica porque Estados Unidos es, por una amplia diferencia, nuestro mayor vendedor y nuestro más importante cliente. De acuerdo a los datos de la propia embajada norteamericana, ellos reciben el 80% de nuestras exportaciones y envían el 50% de las importaciones de México (US Embassy, 2009), además de que, tan solo durante el primer bimestre del 2011 el comercio entre nuestras naciones llegó a los 67 mil 527 millones de dólares².

Tecnológica, porque buena parte de la maquinaria bélica y productiva necesaria para mantenernos al ritmo de la modernidad es diseñada en los Estados Unidos, aún hoy, en medio del proceso de la globalización, México es un país esencialmente dedicado a la manufactura.

² El Informador (2011). *Crece 21.1% comercio bilateral entre México y EU*. Consultado el 16 de agosto de 2011

Por otra parte, los Estados Unidos requieren las materias primas y la mano de obra mexicana, además de que, al compartir más de 3 mil kilómetros de frontera con nuestro país, a ellos mismos les interesa que México se mantenga estable, para evitar problemas que pudieran afectar tanto sus inversiones en suelo mexicano como la tranquilidad de sus comunidades, como ocurrió, por ejemplo, durante la revolución mexicana con los ataques de Francisco Villa en contra del poblado de Columbus en el estado de Texas.

Enmarcadas por esta compleja realidad, pareciera que ambas naciones se enlazan a través de una perpetua comunicación de estira y afloja, condicionadas una a la suerte de la otra, en palabras del historiador Lorenzo Meyer:

Cada vez que en el pasado Estados Unidos entró en problemas, los márgenes de independencia de México crecieron. Así, la elaboración y puesta en marcha de la Constitución de 1917 no se explica del todo si no se toma en cuenta la Primera Guerra Mundial; el éxito de la expropiación petrolera en 1938 no se comprende sin la aceptación de Washington del principio de no intervención en América Latina como resultado de su necesidad de contar con el apoyo de la región ante la guerra que se avecinaba³.

Por ello no en balde señala el periodista brasileño Alan Riding en su excelente obra “Vecinos Distantes: Un Retrato de los Mexicanos”, que, para Estados Unidos, entender a México se ha convertido en una cuestión de interés propio e incluso de seguridad nacional.⁴

³ Meyer, Lorenzo. *La coyuntura y la relación con Estados Unidos*. El Siglo de Torreón, 8 de enero del 2009.

⁴ Riding, Alan, 1985: 12.

Igualmente para nosotros los mexicanos, repasar y entender las características de la relación que tenemos con el vecino del norte es indispensable para consolidar nuestra propia nacionalidad en el tiempo y comprender el papel que hemos jugado en la historia, de modo que podamos elegir con conocimiento de causa, aprendiendo de las lecciones del pasado, el que camino que habremos de tomar en el siglo que apenas comienza.

En vista de lo anterior, a lo largo de estas páginas me propongo sintetizar, entender y presentar al lector un análisis respecto a las formas particulares que, debido a fenómenos como el boom petrolero o la guerra fría, asumió esta relación entre gobiernos en el periodo comprendido de 1976 a 1982, es decir, el de la Administración de José López Portillo como Presidente de los Estados Unidos Mexicanos.

Esta compleja relación que se mueve en base a los intereses económicos, los resentimientos históricos y, por supuesto, los prejuicios culturales que tienen también profundas raíces históricas, particularmente en el choque entre la visión Protestante/anglosajona/europea que dio forma a los Estados Unidos y la estructura Católica/latina/mestiza con que los españoles formaron a la colonia que se convertiría en México.

Para los norteamericanos México representa un espacio de magia y de misterio, pero, al mismo tiempo, de atraso, de pereza y de dogmatismo, mientras que de este lado de la frontera, los norteamericanos son percibidos como inteligentes y exitosos, pero también como superficiales e inmorales.

Desde la época colonial y hasta la globalización del siglo XXI el núcleo de este enfrentamiento ha permanecido intocable y solo cambian los aspectos particulares a los que se aplica, desde la independencia de Texas y la conquista de las californias hasta el incremento de la migración ilegal y las subsiguientes represalias expresadas en el crecimiento de grupos como los “minute men” y en iniciativas de ley como la proposición “187”, votada en California en 1994 o la ley SB1070 aprobada recientemente en Arizona.

Entendiendo esta realidad considero que el periodo de 1976-1982 es de un especial interés porque a Don José López Portillo, producto y protagonista por excelencia del sistema político mexicano, le correspondió tener como colegas en la Presidencia de los Estados Unidos de Norteamérica a dos de los hombres más contrastantes que hayan despachado en la oficina oval: “Jimmy” Carter y Ronald Reagan, íconos, respectivamente, de los partidos Demócrata y Republicano, que durante décadas han controlado la política en aquel país.

Por tanto, el relativamente corto espacio de seis años, se convirtió en un microcosmos de los contrapesos, prejuicios y motivaciones de la relación bilateral, aderezados por las peculiaridades personales de los líderes y de las circunstancias de la política interna.

Todo ello en medio de un entorno internacional especialmente complicado e impredecible, en medio de las turbulencias de la guerra fría y la crisis de los energéticos, que parecían alterar irremediablemente el orden internacional, colocando al “primer mundo” en una posición de debilidad frente a las naciones productoras de petróleo, como los integrantes de la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP) entre quienes destacan Venezuela y Arabia Saudita.

México, que contaba con industria petrolera desde la época porfiriana, cuando se inició la explotación de los pozos de la huasteca potosina, descubrió importantes yacimientos durante la década de los setenta, lo que permitió multiplicar la producción y ubicarse en el mapa mundial como un jugador importante en la escena energética, contando con las ventajas de su estabilidad política y su cercanía geográfica a los Estados Unidos.

Aquellos eran los ya lejanos años del culmen del enfrentamiento soterrado entre las dos grandes potencias del siglo XX: la URSS y los Estados Unidos, cuando el bloque soviético avanzaba con fuerza casi irrefrenable a lo largo del mundo, principal, pero no exclusivamente, en África y América Latina, alcanzando el gobierno tanto a través de las urnas como por medio de la guerrilla.

Transformada irremediablemente por esta realidad, la relación entre los dos “vecinos distantes” adquirió una dinámica y una serie de particularidades (el posicionamiento de México como potencia petrolera, la debilidad de la política externa norteamericana y los efectos de la estrategia del déstente dentro de la guerra fría, entre otras) que amenazaron con reacomodar los equilibrios bilaterales en juego desde la época de Plutarco Elías Calles y que hicieron, por tanto, aún más compleja dicha relación, en momentos en que ambas naciones se enfrentaban en el ámbito interno a decisiones que afectarían trascendentalmente su futuro.

Como base de este análisis tomaremos en cuenta 4 criterios eje. El primero de ellos es el factor humano, es decir, la importancia de las personalidades y el carácter del mandatario mexicano y sus colegas estadounidenses en la construcción del diálogo bilateral, conscientes de que ambas naciones cuentan con un sistema presidencialista, donde el jefe del ejecutivo realiza las funciones tanto del jefe de estado como del jefe de gobierno.

Además, considero como otro de los ejes de la relación entre los dos países y, por consecuencia, de la presente tesis, el contexto socioeconómico, partiendo, como señalaba anteriormente, de la dependencia de México hacia su vecino del norte en términos económicos y resaltando la importancia del “boom” petrolero de finales de la década de los setenta como un elemento que alteró los equilibrios de la relación bilateral, poniendo a México en una posición de fuerza.

Asimismo, tendremos en cuenta el Contexto histórico, para entender como los conflictos y prejuicios formados en ambos lados de la frontera a lo largo de dos siglos de trayecto compartido (el inicio del sexenio de López Portillo coincide con la celebración de los 200 años de la independencia norteamericana) influyeron en el trato entre México y Estados Unidos en el periodo 1976-1982.

Y finalmente la visión del sexenio de José López Portillo como un microcosmos de la historia que comparten las dos naciones.

Todo ello con el propósito de que, a partir de la comprensión sobre cómo funciona la relación entre los Estados Unidos Mexicanos y los Estados Unidos de Norteamérica, tengamos la posibilidad de aplicar las lecciones del pasado a los desafíos del presente y, observando nuestro reflejo en el complejo lienzo de la historia, nos conozcamos mejor a nosotros mismos.

En las páginas de la presente tesis intento contribuir con una herramienta que nos ayude a dar un paso más en este camino, entendiendo al periodo 1976-1982 como un momento crucial en la historia moderna de México, particularmente en lo que respecta a nuestro trato con los gobiernos estadounidenses y, por ende, los aprendizajes que podamos extraer de esta experiencia serán fundamentales para darle forma al futuro, pues, al final del día, tanto en los países como en las personas, son las relaciones con los demás las que le dan sentido a nuestra propia identidad.

Capítulo 1: 1976: La situación en México y Estados Unidos

Para comprender los elementos y las dinámicas que intervinieron en la relación de México y los Estados Unidos en el sexenio 1976-1982 es necesario comenzar por un análisis de la situación en que ambas naciones se encontraban al llegar a este periodo.

En ambos lados de la frontera, la década de los 70's representó una época de desafíos al orden político establecido, acompañados por graves dificultades económicas, exacerbadas a su vez por un ambiente de tensión y descontento social que contrastaba con la tranquilidad general que habían experimentado durante la postguerra.

Así, al menos por una vez, ambas naciones fueron compañeras de desgracia y por razones relativamente similares, incluyendo el agotamiento de los liderazgos que habían guiado a la sociedad durante varias décadas: el periodo del “desarrollo estabilizador” en México y la “generación que venció a los nazis” en el caso de los Estados Unidos.

1.1 1976: México

Tras el final de la sangrienta guerra revolucionaria, los jefes de las diversas facciones construyeron un nuevo sistema político para el país, basado en la omnipotencia del Partido Nacional Revolucionario, (luego convertido en el PRI) como el mecanismo de contrapesos y negociación por medio del cual se repartieron, de forma generalmente pacífica, las posiciones de poder.

Este pacto político abarcaba a la mayor parte de los grupos sociales, con una alianza de facto entre empresarios, sindicatos (CTM) organizaciones sociales (CNOP), campesinos (CNC) y militares, (una parte de los cuales, autonombra los “Hombres de la Revolución” se convirtió en el Partido Auténtico de la Revolución Mexicana, con la anuencia y el apoyo del presidente Adolfo Ruiz Cortines)¹ unidos en la “familia revolucionaria”.

Todo ello permitió, por primera vez en la historia de México, dejar completamente de lado la amenaza de las guerras civiles y los cuartelazos que, con la notable excepción de los años del porfirismo, habían caracterizado la vida independiente de nuestro país.

Gracias a esta novedosa estabilidad política y a la amplia modernización del país que esta hizo posible, durante los sexenios de Manuel Ávila Camacho, Miguel Alemán, Adolfo Ruiz Cortines, Adolfo López Mateos y Gustavo Díaz Ordaz, México vivió una época sin precedentes de crecimiento económico y de modernización

Fue el llamado “milagro mexicano”, un periodo de aproximadamente 30 años durante el cual se formaron y consolidaron las principales instituciones del régimen, mientras que los indicadores financieros se mantuvieron bajo control, lo que eventualmente llevaría a los priístas a decir incluso que (de no ser por el régimen del PRI) “muchos de quienes hoy tienen un Volkswagen no tendrían ni zapatos”, lo cual no es necesariamente cierto, pues prácticamente todo el mundo occidental experimentó una mejoría similar a la mexicana.

¹ Guerra Leal, 1979: 222-223

1.1.1 El fin del “Desarrollo Estabilizador”

Sin embargo, a pesar de lo anterior, al llegar la década de los 70's las primeras grietas en el “reluciente” sistema ya eran notorias, particularmente a consecuencia del conflicto estudiantil de 1968, que aunque enmarcadas en la dinámica de la guerra fría, con movimientos similares en Praga y París, representaron una vía de expresión para el descontento de los jóvenes que habían crecido en el México de la posguerra.

Además de las huelgas de maestros, médicos y trabajadores ferrocarrileros registradas durante la década de los 60's y animadas tanto por el triunfo de la guerrilla comunista en Cuba como por las fricciones al interior de los grupos de poder.

Como respuesta a la crisis institucional y el descontento en algunos sectores sociales, el presidente Echeverría anunció, tras su arribo al gobierno federal, el fin del modelo del “desarrollo estabilizador”, establecido en los años de Ávila Camacho y Alemán, ya que, de acuerdo a la nueva política oficial, estaba agotado y era necesario tomar un nuevo camino, al que, con gran sentido del lenguaje político, la administración echeverrista llamó “Desarrollo Compartido”.

El argumento tras la nueva visión de la política impulsada por la administración echeverrista era que, durante la época del desarrollo estabilizador hubo progreso pero tan solo para unos cuantos, mientras que, por su parte, el desarrollo compartido pretendía: “compartir los frutos del progreso entre todos los miembros de la sociedad vía una distribución del ingreso más equitativa² y, por supuesto, el Robin Hood encargado de efectuar la redistribución sería nada menos que... el propio Luis Echeverría.

² Rmales Osorio. Martín Carlos, *La política económica del “desarrollo compartido” (1971-1976) ineficiencias estructurales y patrón de acumulación*. Observatorio de la Economía Latinoamericana.

El resultado del nuevo modelo fue, como por la inseguridad provocada por sus políticas, simplemente desastroso, con la variación acumulada del Índice Nacional de Precios al Consumidor elevándose de 0.99% en enero de 1971 a 27.2% en diciembre de 1976.³ Así, para finales del sexenio, México había dejado atrás la estabilidad característica de las décadas anteriores y comenzó a enfrentarse a la primera de muchas crisis económicas que sacudirían a la economía nacional durante los 20 años siguientes, particularmente en 1982 y 1995.

Luis Echeverría Álvarez, quien se había desempeñado durante el sexenio anterior como Secretario de Gobernación y hombre de confianza de Don Gustavo Díaz Ordaz, era un personaje inusualmente activo y adicto al poder, de quien se decía que llegaba a participar en varias juntas de forma simultánea, sorprendiendo a sus subordinados con su capacidad de retención y llegando, según las versiones que corrían en círculos políticos, a extremos tan absurdos como el de ordenar la realización de profundos análisis sobre temas como el mejorar la eficiencia de las rutas y los vehículos que la Coca-Cola utilizaba para repartir sus productos en el sureste mexicano, con el objetivo de reducir el precio de los refrescos.

Mientras tanto, su gobierno decidió dejar de lado la “Doctrina Estrada” que había sido la base de la política exterior mexicana, para asumir un papel más activo en asuntos tan complejos como la búsqueda de la paz en medio oriente, provocando la ira de los israelitas ante el coqueteo mexicano con la causa palestina.

³ Banxico (2011). *Índices de Precios al Consumidor y UDIS CP151 – Inflación*. Consultado el 16 de agosto de 2011 en: <http://www.banxico.org.mx/SieInternet/consultarDirectorioInternetAction.do?accion=consultarCuadro&idCuadro=CP151§or=8&locale=es>

Al mismo tiempo, aunque durante su gobierno Echeverría se autopromovió como líder de los pueblos del tercer mundo y enemigo de las injusticias cometidas por las superpotencias, manifestando, aparentemente, una política exterior propia, en un palmario ejemplo de la frase “dime de qué presumes y te diré de qué careces” estaba sujeto a los dictados del gobierno norteamericano.

Según investigaciones realizadas en los Estados Unidos de América por el veterano periodista y colaborador del Washington Post, Jefferson Morley, Echeverría Álvarez servía como informante de la Agencia Central de Investigaciones (CIA) operando bajo el nombre clave de LITEMPO 8, un “honor” que compartía, entre otros, con personajes de la talla de Fernando Gutiérrez Barrios (patriarca de la temida Dirección Federal de Seguridad y más tarde Secretario de Gobernación en el sexenio de Carlos Salinas), conocido como LITEMPO 4 y el propio ex presidente Gustavo Díaz Ordaz, llamado LITEMPO 2 por los servicios de la inteligencia norteamericana⁴

Mientras la administración mexicana se distraía en devaneos internacionales y como reflejo de la impericia política en los temas locales, la economía comenzó a resquebrajarse.

Como consecuencia, la paridad del peso frente al dólar, que los gobiernos de López Mateos y Díaz Ordaz habían logrado mantener sin cambios durante los dos sexenios anteriores, se desplomó un 60%, cifra impresionante para la época pero que representó apenas un tibio aviso de lo que vendría tan solo unos años después, en las administraciones de José López Portillo y “el hombre del traje gris” Miguel de la Madrid (el país recuperó la estabilidad perdida apenas hasta la segunda mitad de la presidencia de Ernesto Zedillo y, con sus asegunes, la ha conservado durante los últimos 14 años).

Para 1976, la administración Echeverría había logrado, además, triplicar el déficit presupuestal por sexenio, que pasó de un manejable 1.9% a un preocupante 6.4% (en su punto más alto llegaría a 11.8% durante el gobierno de Miguel de la Madrid), duplicó el tamaño de la burocracia, que llegó a 1.8 millones de empleados y quintuplicó la deuda externa, que pasó de 4,200 millones de dólares en 1970 a 19,600 millones al final de su mandato.⁵

1.1.2 La situación política

Debido a la situación anteriormente descrita México llegó a 1976 en medio de un ambiente de frustración y desencanto, no solo en el aspecto económico, sino también en el político, como resultado de la corrupción interna y de las presiones externas en pleno apogeo de la “guerra fría”, dentro de la cual nuestro país jugaba un papel estratégico como “cabeza de playa” y centro de inteligencia para la URSS y los Estados Unidos

Simbolizando el grave desgaste del sistema político, durante las elecciones de aquel año, el priísta José López Portillo, compitió como candidato único, pues el otro aspirante, Valentín Campa, del Partido Comunista Mexicano, no contaba con registro y el Partido Acción Nacional, sumido en una profunda crisis de identidad, no había lanzado una propuesta propia.

A lo largo de las décadas anteriores, en México habían funcionado una serie de partidos satélites, como el Partido Auténtico de la Revolución Mexicana – conformado con políticos de raigambre militar que mantenían profundos nexos con el PRI-⁶ o el Partido Popular Socialista, que lanzaban como candidato a la Presidencia al mismo que el del Partido Revolucionario Institucional.

⁴ Jefferson, 2008: 94.

⁵Pazos, 1996: 138

Tradicionalmente y para darle mayor credibilidad al teatro, participaba también el demócrata cristiano Partido Acción Nacional, al que, no sin cierta culpa malicia, Enrique Krauze llamó la “leal oposición”, un instituto político que, sin depender abierta y directamente de los dictados del PRI, formaba a final de cuentas parte del mismo sistema.

Acción Nacional, el partido de los “místicos del voto” como los calificara Adolfo Ruiz Cortines, no era ajeno a las tormentas políticas que asolaban a México y pronto se vio dividido entre dos grandes tendencias: una que buscaba acercar las posiciones del PAN a las de la llamada izquierda democrática y otra que pretendía hacer de este el partido que representara los intereses de los empresarios y de la clase media urbana.

Fruto de este enfrentamiento, que comenzó desde los años 60's, provocando frecuentes crisis intestinas e incluso cambios al interior de su Comité Ejecutivo Nacional, el PAN llegó al punto de quiebre durante la convención realizada para elegir a su candidato para las elecciones de 1976.

Llegado el momento de la verdad y en medio de un ambiente de innegable tensión, ni Pablo Emilio Madero ni su contrincante, Rosas Magallón, lograron obtener el apoyo de los delegados suficientes como para alzarse con el triunfo y la nominación blanquiazul.

Por tanto, tras varias rondas de votación y ante la amenaza de un conflicto mayor, los panistas decidieron, por primera vez desde que Don Efraín González Luna fuera nombrado candidato como aspirante blanquiazul a la Presidencia de la República, en el año de 1952, no presentar un candidato para ocupar la residencia oficial de Los Pinos⁷.

⁶ Guerra Leal, 1979: 223

⁷ Alemán, Ricardo. *Itinerario Político*. El Universal, 7 de junio del 2007.

Como consecuencia de la grave crisis al interior del PAN, la presencia de un candidato único significó un duro golpe para la credibilidad del sistema, que López Portillo intentó contrarrestar llevando su campaña a todo el país, con enorme intensidad –como si estuviera realmente compitiendo contra alguien- y buscando ganarse en el fragor de las plazas el mínimo de legitimidad que le permitiera asumir el cargo.

1.2 1976: Estados Unidos

Si bien México atravesaba por aquellos años una situación claramente complicada, en los Estados Unidos el panorama no pintaba particularmente halagüeño, ambas naciones compartían, por una vez al menos, sus penurias económicas y políticas.

Y es que, si hay una década que pudiera considerarse como “perdida” para el llamado imperio norteamericano, esta es, sin lugar a dudas, la de los años 70’s. Fue la época de la gran decepción, de la desconfianza en las instituciones y del temor ante un futuro que se veía no únicamente negro, sino, aún peor, color rojo soviético.

1.2.1 La Guerra de Vietnam

Tras los arreglos de Potsdam, que marcaron el triunfo aliado ante la Alemania Nazi en la Segunda Guerra Mundial y permitieron que los Estados Unidos y la Unión Soviética se repartieran en relativa paz las zonas de influencia en el continente europeo, el epicentro del conflicto entre las dos superpotencias victoriosas, se trasladó casi de inmediato al este asiático, donde los agónicos imperios de Francia e Inglaterra se desplomaban en medio del caos y la violencia nacionalista.

Así, empezando durante los años 40 en China, con la guerra entre el ejército nacionalista de Chiang Kai Sek y los comunistas encabezados por Mao Tse Tung, americanos y soviéticos se enfrascaron en un juego de diplomacia, desconfianza, armamento, espionaje y guerras a través de terceros, donde México eventualmente jugaría un papel importante en su doble labor como socio comercial de Norteamérica y, a la vez, gobierno “revolucionario” de tonos cercanos a la URSS, como lo demostró por ejemplo, el hecho de que la embajada soviética en nuestro país fue una de las primeras establecidas por el régimen comunista.

Durante la década de los 50's la llamada “guerra fría” se trasladó a la península de Corea (eventualmente dividida en dos países, como permanece hasta la actualidad) y después, también en el este asiático, a Vietnam, desatando uno de los conflictos más largos, sangrientos y costosos del siglo XX.

Unos años antes, mientras las potencias se enfrentaban discretamente en la guerra de Corea, los vietnamitas luchaban con Francia para obtener su independencia y, tras conseguirla pronto se evidenció la existencia de dos facciones dentro del nuevo país: una claramente pro-soviética, asentada en la zona norte de la nación y otra, de tendencia pro-norteamericana, en el sur del país.

Con el paso de los meses y ante la impotencia de la comunidad internacional, las tensiones entre ambos bandos fueron escalando y para 1964, año en que los Estados Unidos entran “oficialmente” a la guerra, por medio de la Resolución Conjunta para Promover el Mantenimiento de la Paz y Seguridad Internacional en el Sureste de Asia, conocida popularmente, como “Resolución del Golfo de Tonkin”⁸, el ejército americano, al igual que sus contrapartes soviéticos, ya tenían operando en la zona a miles de “asesores”.

⁸ National Archives & Records Administration. Estados Unidos, Consultado el 25 de mayo de 2011 en: <http://www.ourdocuments.gov/doc.php?flash=true&doc=98>

A partir de ese momento y, durante los 8 años siguientes, decenas de miles de soldados norteamericanos se unieron al ejército sudvietamita en la guerra contra la guerrilla comunista del Vietcong y el ejército de Vietnam del Norte, apoyado por la URSS.

Así, a la influencia soviética se sumó la pericia de los guerrilleros y la hostilidad de la selva, para transformar lo que inicialmente parecía ser una intervención rápida en un verdadero punto muerto, donde ninguno de los bandos era capaz de obtener una victoria decisiva, mientras los reportes de prensa convertían cada batalla y cada baja en un desastre de relaciones públicas para los norteamericanos.

A consecuencia de ello, para el inicio de la década de los 70's otro frente se le había abierto al asediado gobierno norteamericano y, en esta ocasión, no solo en el resto de los países del mundo occidental sino, incluso, en su propia casa, echando por tierra la ola de patriotismo que había caracterizado a los primeros años de la posguerra.

La condena contra la intervención norteamericana surgió desde el propio debate de la resolución del Golfo de Tonkin, (que oficializó la entrada de EUA en el conflicto vietnamita) como se refleja en las palabras de Ernest Gruening, Senador Demócrata por Alaska, quien señaló su oposición a

*“enviar a nuestros muchachos americanos a una guerra en la que no tenemos nada que ver, que no es nuestra guerra, a la que hemos sido equivocadamente arrastrados...”*⁹,

⁹ Vassar University. *The Wars for Viet Nam. Estados Unidos. Consultado el 25 de mayo de 2011 en: <http://vietnam.vassar.edu/doc9.html>*

A pesar de ello, tanto este documento como la intervención en general, recibieron inicialmente el apoyo mayoritario de los congresistas y la sociedad americana¹⁰, que esperaban la rápida victoria de sus bien entrenadas tropas sobre los guerrilleros del Vietcong y el ejército norvietnamita.

Pero, con el paso del tiempo y gracias tanto a la cobertura mediática como a las tácticas de propaganda ejecutadas por los agentes de la Unión Soviética en las naciones de occidente e incluso en los propios Estados Unidos, la guerra comenzó a volverse más y más impopular, como lo reconocía tácitamente incluso el propio Presidente Nixon, quien, sin embargo, afirmaba que prefería no reelegirse actuando correctamente que obtener un triunfo electoral a costa de una derrota en Vietnam¹¹.

A pesar de sus declaraciones originales, ya en 1973, forzado por la crisis económica y las protestas crecientes, el gobierno norteamericano finalmente se vio obligado a ceder y firmó los acuerdos de París, que representaron el fin de su involucramiento directo en el conflicto, si bien continuó apoyando a sus aliados económicamente durante un par de años más.

Eventual e inevitablemente, en la primavera de 1975, el ya debilitado gobierno proamericano de Vietnam del Sur se rindió ante sus rivales del Vietcong y el ejército del Norte, dando paso a la unificación de Vietnam como una nación comunista.

¹⁰ Nam, (1988). *Crónica de la guerra de Vietnam*, Editorial Planeta-De Agostini, Barcelona

¹¹ Nixon, 1970: 405-409.

La subsiguiente caída de Saigón y las apocalípticas imágenes de los refugiados aferrándose a los últimos helicópteros norteamericanos que abandonaban el edificio de lo que había sido su embajada en Vietnam calaron hondo en la opinión pública mundial y fueron interpretadas unánimemente como una victoria del comunismo.

Así, los Estados Unidos de América “el gran imperio de occidente” se enfrentaban al peso del ridículo mundial, pues, aún con toda su maquinaria bélica, habían sido derrotado por una simple guerrilla de campesinos (curiosamente, el hecho igualmente indudable de que esa supuesta “guerrilla de campesinos” estaba profusamente financiada por el ejército soviético pasó a segundo término en el subconsciente colectivo).

Como primera gran consecuencia, la derrota provocó un profundo desánimo en la sociedad norteamericana, un sentimiento de desamparo y de impotencia, que fue convenientemente explotado por los grupos socialistas, dentro y fuera de los Estados Unidos, pues, aún 30 años después, la guerra de Vietnam sigue siendo, en palabras de la comentarista conservadora Ann Coulter, la favorita de los liberales, “porque América perdió”.¹²

1.2.2 El caso Watergate

Por si esto fuera poco, en forma prácticamente simultánea, los norteamericanos vivieron uno de los escándalos políticos más importantes de su historia: El llamado “caso Watergate”, que contribuyó decididamente a erosionar la confianza de los ciudadanos en sus autoridades, destruyendo, de paso, la carrera de Richard Nixon uno de los políticos más exitosos de su tiempo y símbolo, antes de su caída, del Partido Republicano.

¹² Coulter, 2003: 125

Como suele ocurrir con las grandes crisis políticas, el escándalo comenzó con bajo perfil, ocupando tan solo un pequeño espacio en la plana lateral de los periódicos y sin embargo, gracias a la suma de la ineptitud política de la Casa Blanca y la agresividad de los sectores de izquierda, creció como una auténtica bola de nieve durante las semanas siguientes alimentada a partes iguales por la incompetencia, la complicidad gubernamental y el infaltable amarillismo periodístico.

El culebrón comenzó cuando, el 17 de junio de 1972, cinco hombres fueron arrestados tras entrar subrepticamente a las oficinas del Comité Nacional del Partido Demócrata, ubicadas dentro de las instalaciones del hotel “Watergate” en la ciudad de Washington.

Aunque inicialmente parecía tratarse de un simple incidente sin mayor importancia, el hecho de que, curiosamente todos los detenidos formaran parte del comité de reelección de Richard Nixon, aunado al clima general de desconfianza social, generado en parte por el tema Vietnam, disparó las sospechas sobre una conspiración a gran escala¹³ que involucraría, según los acusadores, a las más altas autoridades del gobierno.

Las subsiguientes investigaciones por parte del FBI, aunadas a los hallazgos de un comité establecido ex profeso por el Senado norteamericano, así como una serie de reportes de prensa revelaron la magnitud de los delitos cometidos por el equipo del Presidente Nixon.

Estos consistían en toda una serie de espionajes y sabotajes políticos, incluyendo una partida secreta ubicada en México¹⁴, que, presuntamente, servía para comprar lealtades y pagar favores.

¹³ Sirica, 1979: 56

¹⁴ Dean, 1976: 203–210.

Como era de esperarse, la indignación del pueblo norteamericano, azuzado además por la prensa liberal -que desde antes ya era abiertamente hostil a Nixon por su posición respecto a la guerra de Vietnam- alcanzó niveles nunca antes vistos.

La hoguera política llegó al punto de ebullición tras revelarse que el propio Richard Nixon había grabado y tenía en su poder una serie de conversaciones en las que se inculpaba y que, eventualmente, se vio obligado a ceder ante las autoridades que estaban encargadas de la investigación.

En vista de que era prácticamente seguro que el Congreso lo desaforaría, Nixon decidió ceder ante lo inevitable, negociar su escape y renunciar, lo que hizo por medio de un lacónico discurso televisivo, transmitido a todo el mundo el 8 de agosto de 1974.

Su carta de renuncia fue igualmente breve: *“Estimado Señor Secretario: Por medio de la presente renuncio al cargo de Presidente de los Estados Unidos”*¹⁵.

Horas después y ante la indignación de los liberales, el Vicepresidente Gerald Ford, como uno de sus primeros actos tras llegar a la Casa Blanca, lo indultó, evitando así que se continuarán los procesos en su contra.

En buena medida gracias a todos estos escándalos, el demócrata sureño Jimmy Carter triunfó en las elecciones de 1976, llegando a la Presidencia en el mismo año en que José López Portillo hacía lo propio en México y con tan solo unas semanas de diferencia.

¹⁵ National Archives and Records Administration. Estados Unidos. Consultado el 25 de mayo de 2011 en: www.archives.gov/exhibits/american_originals/resign.jpg

Capítulo 2: La Relación entre los gobiernos de Carter y López Portillo

Así, en medio de la crisis, la desconfianza y el hartazgo de sus respectivas naciones, López Portillo y “Jimmy” Carter iniciaron en las postrimerías del año de 1976 y los albores de 1977, una nueva etapa en las siempre complicadas relaciones bilaterales, con el peso de la historia y, por si fuera poco, la dificultad añadida de los problemas económicos

2.1 El arribo de López Portillo

Finalmente, tras una campaña en la que compitió contra sí mismo y algunos meses de ser el “Presidente Electo” sobre el que pesaba la sombra de un nuevo “maximato” orquestado por su antecesor, el primero de diciembre de 1976, López Portillo asumió la Presidencia de un país en crisis y lo hizo con la “sensibilidad” y oratoria tan tradicional de los políticos mexicanos, incluyendo en su discurso de toma de protesta frases como la siguiente:

“A los desposeídos y a los marginados, si algo pudiera pedirles sería perdón, por no haber acertado todavía a sacarlos de su postración, pero les expreso que todo el país tiene conciencia y vergüenza y que por eso precisamente nos alineamos para conquistar por el derecho la justicia”.¹⁶

La elocuente declaración fue recibida con el ensordecedor y tradicional aplauso de los diputados –casi todos del propio PRI-.

De inmediato y fiel a la tradición del parricidio ritual, que formaba una parte imprescindible del presidencialismo priista, López Portillo procedió a denostar sistemáticamente a su antecesor, desbaratando los espacios de fuerza del echeverrismo, culpándolo de todos los problemas por que atravesaba el país y presentándose a sí mismo como el estadista que México necesitaba para solucionarlos.

¹⁶ Ayala Anguiano, 1996: 176,178

En vista de la impopularidad de Echeverría dicha tarea no fue difícil y rápidamente el nuevo inquilino de la residencia oficial de “Los Pinos” obtuvo el apoyo de los diversos grupos sociales que veían en él a un sucesor sensato, a la opción acertada que pondría fin a la delirante política que había ejercido la administración anterior, condenada ya, según parecía en aquel entonces, al baúl de los malos recuerdos.

Sin embargo, todavía más “acertada”, al menos en la elección de sus accesorios, fue doña Carmen Romano de López Portillo, durante una recepción con que el Presidente norteamericano, Jimmy Carter, agasajó al Presidente Mexicano y su esposa en la Casa Blanca.

Este episodio fue mayormente ignorado por los medios nacionales, pero, en contraste, recibió la indignada atención de la prensa norteamericana y, especialmente, del Washington Post, que reseñó en sus páginas la triste demostración de opulencia realizada por la Primera Dama mexicana.

A lo largo del evento, doña Carmen Romano de López Portillo mantuvo a su lado a un asistente encargado de irle acercando diversos elementos de joyería para lucirlos a lo largo de la velada

¹⁷

Esta anécdota, que, como señalamos, pasó prácticamente inadvertida en México, significó el inicio de una tensa relación entre el nuevo presidente mexicano y la opinión pública norteamericana, que observaba incrédula como los mandatarios de una nación del llamado tercer mundo hacían gala de un lujo digno de las casas reales europeas.

¹⁷ Ayala Anguiano, 1996: 178

Al mismo tiempo, constituyó el primer gran símbolo de la irrefrenable tendencia a la vanidad y el derroche que eventualmente acabarían dando al traste con la, en ese momento, promisorio gestión del nuevo presidente mexicano, en quien estaban puestas las esperanzas de un país agobiado por las consecuencias del delirio echeverrista

Así, presumiendo sus riquezas, empezaba José López Portillo un sexenio que estaría marcado por el descubrimiento de grandes yacimientos petrolíferos, la corrupción generalizada y la pasajera ilusión de la abundancia, elementos todos ellos que se reflejarían inevitablemente en la dinámica de nuestras relaciones con los Estados Unidos.

Cuatro grandes amenazas se cernían durante la parte final de la década de los años setenta sobre los países del mundo industrializado y principalmente sobre unos alicaídos Estados Unidos: el ascenso del terrorismo, la caída de Vietnam del Sur en 1975, el aumento de un 400% en el precio del petróleo por parte de los países de la OPEC y el creciente poder de la Unión Soviética¹⁸, que durante aquellos años avanzó formidablemente sobre África e intensificó su presión en Latinoamérica.

Estos dos últimos problemas: el aumento de un cuatrocientos por ciento en el precio del petróleo por parte de los países de la OPEC y el creciente poder de la Unión Soviética tuvieron una repercusión directa en la forma asumida por las relaciones entre México y los Estados Unidos, principalmente durante el periodo correspondiente al gobierno de Jimmy Carter.

¹⁸ O' Sullivan, 2008

Ciertamente la relación entre ambos mandatarios comenzó de manera amigable, como demuestra aquella recepción en la Casa Blanca, donde, como lo comenté anteriormente doña Carmen Romano realizó una exhibición de sus joyas, que cerró con “broche de oro” obsequiándole un cacahuete de dicho metal a la primera dama norteamericana (debido a que a Carter le apodaban “el cacahuete”).

Sin embargo, la crónica debilidad de la Administración Carter y los crecientes precios del petróleo, que le dieron al gobierno mexicano la impresión de que, en adelante, el problema para nuestro país sería “administrar la abundancia”¹⁹ provocaron una serie de desacuerdos que llegarían incluso a una franca hostilidad a finales de la década, si bien la cooperación nunca se rompió por completo.

2.2 La llegada de Jimmy Carter

Unas semanas antes de la toma de protesta de López Portillo como nuevo Presidente de México, los Estados Unidos de América también se encontraban envueltos en un torbellino electoral, donde el retador candidato demócrata James Earl “Jimmy” Carter, venció con el 51% de los votos al republicano Gerald Ford que alcanzó un 48%, un porcentaje sorprendentemente alto tras el desastroso segundo mandato del también republicano Richard Nixon.

Consciente del pesado lastre dejado por su antecesor y como parte de un esfuerzo por acercarse tanto a los votantes demócratas como a los independientes, Ford llevó inicialmente como su candidato a vicepresidente a Nelson Rockefeller (empresario multimillonario y liberal donde los haya).

¹⁹ Ayala Anguiano, 1996: 182

Esta acción enfureció a la base conservadora de su propio partido, que en respuesta apoyó como su candidato en la elección interna republicana al actor en retiro, demócrata converso y entonces gobernador de California, Ronald W. Reagan.²⁰

Contra todos los pronósticos, Reagan estuvo a punto de derrotar a Ford en la elección primaria de los republicanos y el desgaste de esa campaña interna seguramente fue decisivo para que Carter eventualmente obtuviera la victoria en los comicios abiertos.

Miembro del Partido Demócrata, originario del estado de Georgia y un prominente agricultor antes que político, “Jimmy” Carter logró granjearse el apoyo, tanto de los medios masivos de comunicación como de los votantes decepcionados con el estilo cuasi gansteril ejercido por Richard Nixon y su círculo político.

Dicho de otro modo, a los ojos del electorado norteamericano, ante la política sucia de los republicanos, Carter representaba la decencia sureña.

Así, el 2 de noviembre de 1976, Carter obtuvo la victoria al conseguir 297 votos electorales contra 240 del oficialista Gerald Ford, quien, obligado a ceder ante el enojo de sus partidarios finalmente llevó como compañero de fórmula al gris Senador por Kansas Robert “Bob” Dole (quien años más tarde repetiría en la boleta presidencial por parte de los republicanos, cayendo ante Bill Clinton en 1996).

²⁰ O’ Sullivan, 2008

Curiosamente y a pesar de no contender como candidato oficial, Ronald Reagan, que eventualmente se convertiría en el cuadragésimo Presidente de los Estados Unidos, compartiendo con López Portillo los últimos años de su administración, obtuvo un voto electoral, en el estado de Washington.

Iniciaba pues, una nueva era de gobierno, en forma prácticamente simultánea en los dos países.

2.3 La política del desafío

La administración López Portillo inició con el pie derecho metido, literalmente, en petróleo, con el gobierno federal anunciando apenas el 18 de marzo de 1997, que las reservas probadas de petróleo ascendían a la extraordinaria cifra de 11 mil 600 millones de barriles, casi el doble de la cifra de 6,300 millones manejada en el cierre del sexenio echeverrista.

Mientras tanto, para pintar incluso más optimista el panorama, se anunció que las reservas potenciales se elevaron a la verdaderamente astronómica cifra de 120 mil millones de barriles²¹, llegando hasta 250 mil millones para el año de 1980.²²

Para aprovechar todo este tesoro energético, tan solo durante el primer año del gobierno lopezportillista se construyeron un total de 30 pozos exploratorios productores, se descubrieron 26 nuevos campos y se ampliaron otros cuatro previamente conocidos²³.

²¹ Díaz Serrano, 1989: 62, 75, 77

²² Kaufman Purcell, 1981: 13

²³ Díaz Serrano, 1989: 75

Estas marejadas de oro negro, combinadas con las iniciativas de apertura política lanzadas por el régimen impulsaron un ambiente general de optimismo al interior del país y fortalecieron el papel de México en medio de un plano internacional dominado por la disputa energética.

Aún así, la dependencia de nuestro país hacia los Estados Unidos permaneció esencialmente intacta, pues, para el año de 1979, en pleno “boom” petrolero”, las ventas de crudo hacia las empresas de aquella nación representaban el 90% de todas nuestras exportaciones en el sector.²⁴

Mientras tanto en ese mismo año, el total del intercambio comercial entre nuestros países alcanzó los 13 billones de dólares, como parte de una intensa dinámica que representó aumentos anuales del 40% en dicha relación entre 1978 y 1981, lo que llevó a México a convertirse en el tercer cliente más importante para sus poderosos vecinos.²⁵

Al mismo tiempo, la deuda del gobierno de México hacia los bancos norteamericanos alcanzó los 12 billones de dólares, una cifra 5 veces superior a los 2.75 billones de 1972.²⁶

A pesar de su fortalecida posición en el plano internacional México era percibido por buena parte del público norteamericano como una república bananera, con un gobierno dictatorial, corrupto y demagógico, que presume fuera de casa una serie de valores democráticos al tiempo que oprime a su propia sociedad.

²⁴ Kaufman Purcell, 1981: 9

²⁵ Pellicer, 1983: 89

²⁶ Kaufman Purcell, 1981: 13, 111

Es decir, una pésima imagen que eventos como el anteriormente relatado de la cena entre los Carter y Los López Portillo, además de los escándalos por las inmensas fortunas amasadas en PEMEX y otras dependencias públicas –que generalmente eran más conocidos en el extranjero que en el interior de nuestro país- no ayudaron a disminuir.

Esta crisis de la credibilidad de los dichos del gobierno mexicano fuera de sus fronteras, así como la desconfianza de la sociedad americana, se vio contundentemente reflejada en la ciudad de San Diego, California, en octubre de 1978, cuando los redactores en jefe de los medios de comunicación presentes para una convención de la United Press ignoraron olímpicamente la convocatoria a la conferencia de prensa del Presidente de México, a cuyo evento acudieron apenas tres personas²⁷.

En México el hecho pasó, nuevamente, desapercibido, pero el ridículo sufrido por el Presidente López Portillo en esa conferencia de prensa, aunado a la crisis por el proyecto de un gaseoducto al que me referiré más adelante, seguramente alimentó su deseo de enfrentarse en forma más directa a los norteamericanos y ganarse el “respeto” de aquella nación, cosa que intentaría lograr tanto intensificando su política exterior como asumiendo una actitud más agresiva en sus tratos con la administración Carter.

De este modo, apenas unos meses después del fracaso en San Diego, la franca y creciente hostilidad entre ambos gobiernos se hizo más que patente en la entrevista que el mandatario mexicano le concedió al reportero norteamericano Dan Rather, en vísperas de una visita oficial a México por parte del Presidente “Jimmy” Carter.

²⁷ Anguiano Ayala, 1984

D.R.: Señor presidente, ¿sería correcto suponer que usted y el Presidente Carter tratarán el asunto del petróleo y el gas durante la próxima visita del mandatario norteamericano a México?

J.L.P. Sí, creo que la entrevista, entre otras cosas, huele precisamente a eso

D.R.: ¿A qué otras cosas huele, señor Presidente?

J.L.P.: A la relación de intercambio, que ya es tradicional, histórica, entre México y Estados Unidos...Decía el difunto Maquiavelo que vivimos tiempos de cambios extraordinarios, que se han visto y se ven todos los días... Puedo afirmar que el México que ahora existe y que verá el señor Carter es un México distinto al que había hace dos años... Por primera vez en nuestra historia tenemos la oportunidad de lograr lo que yo he llamado "autodeterminación financiera"; y en el resto del mundo han ocurrido también cambios y acomodados que son evidentes y que nos obligan a ver las relaciones multilaterales y su naturaleza y las bilaterales, y sus condiciones.

Así, durante la misma entrevista, el Presidente mexicano se quejó de que lo habían dejado "colgado de la brocha" con la construcción de un gigantesco gaseoducto de mil 096 kilómetros²⁸, que le permitiría a México exportar, en el corto plazo, cerca de dos billones de pies cúbicos de gas natural diariamente y obtener, una vez que la línea operara a su plena capacidad, ingresos anuales por 1.9 billones de dólares.²⁹

Dicha obra, que iba desde Chiapas a Texas, para exportar gas a los Estados Unidos a precios (según alegaban los norteamericanos) muy superiores a los internacionales, que supuso para México un gasto cercano a los mil millones de dólares.

Carter, enterado de la negociación que un grupo de empresarios había realizado a sus espaldas, ordenó cancelar la compra del insumo y a consecuencia de ello la cuantiosa inversión mexicana se quedó en el aire, convertida en un auténtico elefante blanco. A este tema se refiere a continuación el mismo periodista norteamericano

²⁸ Díaz Serrano, 1989: 78

²⁹ Kaufman Purcell, 1981: 158

D.R.: ¿Quién le quitó la escalera?

J.L.P.: Quien tomó la decisión de que no se llevara adelante la negociación del gas, que había tenido para mí costos políticos. Supongo yo que el sistema.

D.R.: En este caso los hechos parecen reflejar claramente la realidad: fue el señor Carter el que tomó la decisión por consejo del señor Schlesinger, que es su principal consejero sobre energéticos.

J.L.P.: Usted lo dice

D.R.: Hay quienes dicen en Estados Unidos –y el señor Schlesinger es una de esas personas- que lo que México estaba tratando de hacer era, más o menos, tomarle la medida a Estados Unidos en cuanto al precio.

J.L.P.: No, yo le protesto a usted que no, que no era la maniobra de un vendedor que estuviera regateando en un mercado: es el resultado de un razonamiento fundado y de una política coherente, que quisiéramos ver establecida en un nuevo orden económico mundial: precios justos para las materias primas.

D.R.: Pero usted dijo precios justos y tengo entendido que el señor Schlesinger piensa que el precio era un precio de asaltante.

J.L.P.: Esa es la opinión del señor Schlesinger.

D.R.: ¿Juega usted al póker, señor Presidente?

J.L.P.: No, me gusta ganar o perder por propios méritos

D.R.: ¿entiende usted el juego?

J.L.P.: Sí, como no, y conozco las caras de los jugadores de Póker

D.R.: Tengo entendido, señor Presidente, que el señor Schlesinger y, posiblemente el presidente Carter mismo, creen –en la terminología que se usa en el póker- que usted estaba blofeando.

J.L.P.: Si eso se supuso en Estados Unidos podría yo decir como en las comedias antiguas: ahora me lo explico todo

D.R.: ¿Por qué no convertirse en la Arabia Saudita de América del Norte?

J.L.P.: Las razones históricas, políticas y económicas me parece que son evidentes. Además con la cercanía de Estados Unidos y con el “remember Texas” (sic), ¡no, señor!

D.R.: ¿Tiene usted confianza en el sentido de poseer toda la tecnología petrolera que necesita?

J.L.P.: No toda, pero sí tenemos ya capacidad para lo que yo llamo autodeterminación tecnológica. Lo que no podemos tener aquí ya sabemos donde y de quien solicitarlo.

D.R.: El motivo por el cual hago esta pregunta es porque usted se da perfecta cuenta de que algunos americanos –algunos, no todos- dicen que los mexicanos no pueden producir su propio petróleo y no tienen a quien vendérselo más que a nosotros.

J.L.P. Esa es una de las deformaciones de concepción que han determinado las tesis del blofeo y del asalto. Tenemos capacidad para producir lo que le convenga al país y no tenemos problemas de mercado... “se nos cayeron las plumas hace tiempo” decimos cuando nos hacen esas reflexiones.

El tono general de la entrevista, que fue profusamente difundida en los Estados Unidos, refleja algunas de las constantes en la relación entre estos dos países a lo largo del tiempo: por una parte la desconfianza de los norteamericanos hacia sus “tracaleros” vecinos del sur y por la otra el resentimiento subyacente y la alerta permanente de parte de los Mexicanos hacia su poderoso (y ventajoso) vecino del norte.

Este resentimiento, heredado de la guerra de Independencia de Texas y de la invasión norteamericana de 1847 seguía firmemente presente en las frases del presidente mexicano 130 años después de aquellos acontecimientos, como lo demuestra muy claramente la referencia a la frase “remember The Alamo” (grito de guerra de los colonos tejanos durante su guerra con México en el siglo XIX) a la que, en este caso, López Portillo se refiere incorrectamente como “remember Texas”.

Para echarle más gas al fuego, James Schlesinger, secretario de energía del gobierno norteamericano declaró, casi al mismo tiempo, que el gas natural de México no era prioritario para su país y que dudaba de que el Presidente Carter llegara a un acuerdo con su homólogo mexicano en la visita de estado próxima a realizarse.³⁰

³⁰ Kaufman Purcell, 1981: 162

Como podría esperarse, el ambiente general durante la visita de Jimmy Carter a México, ocurrida días después de la citada entrevista y de las ácidas declaraciones de Schlesinger fue igualmente hostil, al grado de que el Presidente mexicano recibió a su homólogo con un discurso que él mismo calificó en sus memorias como “breve y seco” se incluían frases tan lapidarias como las siguientes:

“Entre vecinos permanentes y no ocasionales, el engaño o el abuso repentinos son frutos venenosos que tarde o temprano revierten...”

“México, por primera vez en su historia, tiene la oportunidad, a partir de un recurso no renovable y la autodeterminación financiera que le significa, de resolverse como la nación libre, segura y justa en que soñaron sus próceres... Empeñada en vivir en una paz nutrida por el respeto al derecho ajeno...”

“...Así México se ha encontrado súbitamente en el núcleo más sensible de la conciencia de Norteamérica, mezcla sorpresiva de interés, desdén y temor, como reiterado y obscuro temor sufren, ante ustedes, sectores de nuestra subconsciencia nacional”.

El “brindis” de López Portillo violó arteramente aún los más elementales cánones de diplomacia y de hospitalidad ante un invitado, en un acontecimiento sin precedentes en la historia moderna del país, que unos años antes (en circunstancias completamente distintas) había recibido pletóricamente al entonces Presidente norteamericano John F. Kennedy.

La prensa norteamericana e internacional describió la visita como un fracaso diplomático y una derrota política para Carter quien, según relató Newsweek, se mostró como “un Presidente de los Estados Unidos humillado” obligado a escuchar la dura reprimenda política de su anfitrión, a la que solo atinó a responder con un vergonzoso chiste sobre la “venganza de Moctezuma”.³¹

Finalmente, el 21 de septiembre de 1979 se firmó un acuerdo para que PEMEX exportara 300 millones de pies cúbicos de gas natural diariamente³², apenas una séptima parte de lo que se había planteado como meta de “corto plazo” en el plan original.

Y todo ello en el mismo país que para efectos prácticos había operado como una especie de “colonia” o proconsulado norteamericano desde los tiempos de Joel R. Pointsett³³ y durante buena parte de su historia, al grado de que la solución de muchos conflictos internos, como la guerra cristera (1926-1929), se negociaron en los Estados Unidos de América³⁴.

El hecho es que, a pesar de todos los antecedentes, el mandatario mexicano estaba en condiciones de hacer historia al dejar en vergüenza a su homólogo norteamericano porque para ese entonces prácticamente todo el mundo se había convencido ya de la debilidad extrema del régimen de “Jimmy” Carter, que se enfrentaba a una voraz inflación de doble dígito en casa y una enorme expansión del poder soviético en el exterior.

Por tanto, a pesar del frío trato recibido por su par mexicano, la administración Carter perseveró en el esfuerzo de mejorar sus relaciones con nuestro país, a través de una “diplomacia creativa”, de la que hicieron eco en múltiples ocasiones periódicos como el Wall Street Journal y el New York Times.³⁵

³¹ Kaufman Purcell, 1981: 163

³² Kaufman Purcell, 1981: 166

³³ Fuentes Mares, 1982:

³⁴ Meyer, 2008

³⁵ Kaufman Purcell, 1981: 8

Asimismo, desde 1978, en el Memorándum de Evaluación Presidencial número 41, elaborado para el Presidente Carter, se manifestaba que era necesario establecer un coordinador de asuntos mexicanos (que eventualmente sería empleado por los Estados Unidos para protestar en el caso del incendio del pozo Ixtoc) y el establecimiento de una comisión binacional.³⁶

Como muestra de la citada debilidad crónica de la administración norteamericana en el plano internacional, apenas unos meses después del desaguizado en tierras mexicanas, los rebeldes iraníes serían más osados y aprovecharían la ausencia de su propio gobernante, el pro occidental Mohammad Reza Pahlevi –aliado a los Estados Unidos- para iniciar una revolución de corte islámico y antisemita que permanece en el poder hasta la actualidad y constituye, desde entonces, uno de las mayores piedras en el zapato de los Estados Unidos de América.

La crisis en Irán, aunada a las tensiones preexistentes en todo el mundo, provocó un mayor aumento en los precios del petróleo, que se inesperadamente se incrementaron en un 250% entre 1979 y 1980³⁷, golpeando con mayor fuerza a los países industrializados, empezando por los propios Estados Unidos y beneficiando, al menos en apariencia a México, que de este modo ahora enfrentaba, según la profusa propaganda oficial, el reto de administrar la abundancia

³⁶ Veree Campos, Fernández de Castro, Weintraub, 1998: 62

³⁷ Federal Deposit Insurance Corporation, U.S. Home Prices: Does Bust Always Follow Boom?, 10 de febrero del 2005

2.4 El acercamiento a la izquierda

En vista de la época de bonanza, el gobierno mexicano se pudo permitir, ante la mirada impotente del gobierno norteamericano, una serie de desplantes pro-soviéticos, que parecían dirigidos tanto a satisfacer a la izquierda mexicana como a elevar el costo del apoyo mexicano a su vecino del norte. Dicho en otras palabras, como la aventurera de la canción de Agustín Lara, México quería vender caro su amor.

Para este efecto, el gobierno mexicano invitó, apenas unos meses después de la agria vista de Carter, a uno de los personajes más repudiados por la sociedad y la administración norteamericana: el dictador cubano Fidel Castro, quien, para deleite de la izquierda nacional, arribó el 17 de mayo de 1979 al estado de Quintana Roo.

La visita despertó un gran interés internacional por el peso simbólico del encuentro entre ambos dirigentes y sus interpretaciones geopolíticas, dado el nuevo papel que tomaba México en la escena internacional, como lo señala el diario español “El País”:

El presidente López Portillo, apoyado en estas circunstancias, (el descubrimiento de grandes reservas petroleras) se ha permitido tratar con inusitada firmeza al mismísimo Jimmy Carter y ha sido cortejado por numerosos gobernantes de países europeos.³⁸

En esta ocasión el tono de los discursos fue absolutamente diferente y el Presidente López Portillo se deshizo en halagos para su homólogo caribeño con frases como esta:

³⁸ (1979). *Fidel Castro visita hoy México, invitado por López Portillo*. España. Consultado el 24 de mayo de 2011

“Mucho, prodigiosamente, ha logrado usted, comandante. Poco, muy poco, he logrado yo. Pero sí puedo decirle, frente a su sinceridad, que mi capacidad de servicio y de entrega a la causa de mi país la quiero comparar con la suya propia. Y que si, por alguna conjunción de circunstancias, no pudiera yo entregar buenas cuentas, no será por falta de voluntad, sino, tal vez, por falta de oportunidad y de seguridad en un mundo que nos condiciona, que nos limita y del que no podemos escapar”.

Así como su discurso ante Carter rayó en lo incorrecto por descortés, el que pronunció ante Castro lindó en el ridículo por zalamero, pero el mensaje político era claro, México está virando nuevamente hacia la izquierda, al menos en el discurso oficial.

En un tono similar, al participar en la Sexta Conferencia del Movimiento de los Países No Alineados, celebrada en La Habana apenas unos meses después, el secretario de relaciones exteriores, Jorge Castañeda, señaló que la solución al problema energético mundial (en clara referencia al conflicto por la venta de gas a Estados Unidos) surgiría del entendimiento entre los países del mundo y que no debería ser impuesto por la capacidad para la violencia de las naciones hegemónicas.³⁹

Si a esto le sumamos la crítica frase sobre la tecnología en la entrevista al reportero Dan Rather: *“Lo que no podemos tener aquí ya sabemos dónde y de quien solicitarlo”*, así como las continuas referencias al *“nuevo orden económico mundial”* no resulta difícil comprender la estrategia de México y la consecuente inquietud que dichas acciones generaban en los Estados Unidos, dentro de este breve pero complejo periodo de “igualdad”.

2.4.1 Respecto a Centroamérica

Simultáneamente, el gobierno mexicano acompañaba su tendencia pro izquierdista con acciones concretas, algunas de carácter meramente local y otras con fuertes implicaciones en toda la región y particularmente en América Central, convulsa en aquellos momentos por el enfrentamiento entre las guerrillas marxistas y los regímenes militares.

Dentro de estas acciones destaca, como parte de la reforma electoral de 1977, la Ley de Organizaciones Políticas y Procesos Electorales, conocida popularmente como “LOPPE” e impulsada por el Secretario de Gobernación, Jesús Reyes Heróles, el reconocimiento legal del registro al Partido Comunista, que había estado oficialmente prohibido durante décadas y que, por lo demás, era visto con desconfianza por la mayor parte de la sociedad y nunca alcanzó niveles sustanciales de votación.

Mientras tanto, en el ámbito externo, López Portillo apoyó decididamente a la guerrilla nicaragüense del Frente Sandinista de Liberación Nacional, que derrocó la sanguinaria dictadura de Anastasio Somoza para sustituirla por otra, pero ahora de corte marxista, que a su vez sería finalmente derrotada democráticamente en las elecciones generales de 1990 por Violeta Barrios, viuda de Chamorro.⁴⁰

³⁹ Kaufman Purcell, 1981: 165

⁴⁰ Sullivan, 2008: 36

Resultado de una extraña mezcla entre Teólogos de la Liberación y guerrilleros marxistas tradicionales, los sandinistas que, además, durante poco más de una década recibieron más de 3 mil millones de dólares en ayudas de parte de la URSS⁴¹, se ganaron el apoyo de buena parte de la opinión pública mundial al derrotar al ultra corrupto régimen de Somoza, cuya familia había controlado al pequeño país centroamericano durante muchos años.

El gobierno mexicano rápidamente reconoció y brindó su apoyo a la revolución sandinista en su esfuerzo por acabar con el macabro régimen de Anastasio Somoza a quien el propio López Portillo califica en sus memorias como "*Frankesteinsito*"⁴², mientras que, por otra parte, durante los años siguientes, el gobierno norteamericano invertiría cientos de millones de dólares en apoyos para derrocar a los igualmente criminales sandinistas

A pesar de los enfrentamientos, sutiles y declarados, con el vecino del norte, el gobierno mexicano, en ese papel de agente doble que representó a lo largo de la guerra fría, siguió siendo útil a los norteamericanos, como ocurrió, por ejemplo, durante el conflicto limítrofe desatado por la independencia de Belice, entre 1980 y 1981.

El territorio de Belice era reclamado por los guatemaltecos como propio, por lo que, tras anunciarse que el Reino Unido le concedería su independencia, Guatemala se apresuró a declararlo como propio, colocando carteles en las carreteras con leyendas como: "Belice es Guatemala" y amenazando con invadir en cuanto los británicos se retiraran.

⁴¹ Apuleyo Mendoza; Vargas Llosa, y Montaner, 1996: 125

⁴² López Portillo, 1988

Mientras se acercaba la fecha de la independencia, las negociaciones se volvieron cada vez más tensas, lo que incrementaba el riesgo de un nuevo conflicto en una región de por sí plagada por las guerras civiles.

Sin embargo, bastó que México organizara –coincidentalmente- una serie de ejercicios militares masivos en el estado de Chiapas (e invitara, por supuesto, como observadores a los generales guatemaltecos), para que Guatemala olvidara sus pretensiones y aceptara aunque sea a regañadientes la permanencia de Belice como una nación independiente.

2.5 El fin de una etapa

En vista del desastre en el que se había convertido la presidencia norteamericana, tanto en materia de política interna como en el ámbito internacional, era de esperarse que los electores castigaran contundentemente tanto a Carter como al Partido Demócrata y efectivamente así ocurrió.

Por primera vez en casi un siglo, el partido que ostentaba la presidencia no logró mantenerla para un segundo periodo consecutivo. La última ocasión en que esto había ocurrido fue en la época del vigésimo cuarto presidente, Grover Cleveland (1893-1897) curiosamente también propuesto por el partido Demócrata, aunque él ya había sido electo para un periodo anterior, a diferencia de Carter, que solo duró cuatro años en la Casa Blanca.

Era la crónica de una muerte anunciada y ya lo único que estaba por verse era el margen de la derrota, así que el 5 de noviembre de 1980 el actor convertido en político y candidato Republicano Ronald Wilson Reagan (quien había peleado en la interna republicana contra Gerald Ford cuatro años atrás) aplastó al demócrata Jimmy Carter que intentaba reelegirse tras un periodo que, incluso siendo muy positivos, podría calificarse tan solo como “gris”.

Por su parte, en México, el Presidente López Portillo recuerda en sus memorias a Carter como alguien con quien nunca supo a qué atenerse, porque su opinión dependía de quien lo estuviera asesorando⁴³, lo que sin duda influyó tanto en la tensión de las relaciones binacionales como en la decisión del gobierno mexicano de asumir una posición de reto ante su vecino del norte

Dicho de otro, la percepción de Carter como un presidente no necesariamente mal intencionado, pero muy débil e indeciso, la compartió José López Portillo con el electorado norteamericano. Así, al menos por una vez, en algo estuvieron de acuerdo.

La derrota demócrata en las elecciones representó el fin de una era para los Estados Unidos.

Y, simultáneamente, algo similar empezaba a ocurrir en México con el sueño de la abundancia, pues hacía unos meses el incendio del pozo Ixtoc I había significado un duro golpe para la imagen lopezportillista y las finanzas gubernamentales, al consumir más de 3 mil millones de pesos en hidrocarburos, además de recordarle a la sociedad la incompetencia tradicional del gobierno, reflejada en esa tendencia a hacer las cosas mal y “al aventón”.

Peor aún, ante los posibles efectos negativos de dicha tragedia en las costas norteamericanas, el gobierno de Carter empleó los canales diplomáticos para presionar a sus contrapartes mexicanas para controlar el flujo derramado por dicho pozo⁴⁴, llegando incluso a hablarse de la posible suspensión del encuentro entre ambos mandatarios, a realizarse en septiembre de 1979⁴⁵, mientras que el Presidente López Portillo, decía con solemnidad que “nos hemos visto reflejados en el espejo negro de Tezcatlipoca”.

Al mismo tiempo, los cambios en el mercado internacional del petróleo, provocados por la recuperación de la oferta, obligaron a PEMEX a bajar sus precios, lo que provocó una crisis al interior del gabinete de López Portillo, que concluyó con la paraestatal aumentando sus precios en dos dólares y en una estrategia encarnada por las declaraciones del Secretario de Patrimonio y Fomento Industrial, en el sentido de que a los clientes que no aceptaran los nuevos precios no se les volvería a vender.

Obviamente los mercados reaccionaron con sorna ante la arrogancia mexicana y las cifras de exportación de nuestro país se desplomaron de 1.3 millones barriles diarios a solo 300 mil⁴⁶, lo que, eventualmente, representó el golpe de gracia para las frágiles finanzas públicas.

Por otra parte, la inflación mexicana, que se había mantenido estable durante los sexenios del “desarrollo estabilizador” y, tras el caos del echeverrismo, parecía volver al redil al inicio del periodo de López Portillo, comenzaba a dar nuevamente los primeros avisos de descontrol (pasando de un 20% a un 29.8% entre 1979 y 1980).

⁴³ López Portillo, 1988: 1013

⁴⁴ Díaz Serrano, 1989: 135

⁴⁵ Kaufman Purcell, 1981: 164

⁴⁶ Díaz Serrano, 1989: 109

Simultáneamente, presionada por el grave despilfarro y las obras faraónicas, la deuda bruta del gobierno federal crecía a representar el 18.8% del Producto Interno Bruto y, peor aún, iba en camino de duplicarse durante los dos últimos años del sexenio⁴⁷.

Del otro lado de la frontera, en los Estados Unidos, el Presidente Ronald Reagan asumía la presidencia de su país con el compromiso de recuperar el orgullo perdido y ganar por fin la guerra fría, que se había extendido ya durante más de 3 décadas, atorada en la política del “détente” (distención) sin que ninguno de los super poderes se viera cerca de la victoria

Pero Reagan estaba dispuesto a romper la inercia, por medio de una nueva estrategia, mucho más directa que la de sus antecesores y, curiosamente, la primera gran batalla se disputaría justamente en suelo mexicano, en una reunión internacional cabildeada por el propio presidente José López Portillo.

Así, una vez más, México y Estados Unidos eran protagonistas en la construcción del futuro de su vecino, separados por la cultura, enfrentados por la historia pero, al fin y al cabo unidos, irremediabilmente, por la geografía.

⁴⁷ Centro de Estudios de las Finanzas Públicas de la Cámara de Diputados, Estadísticas Históricas de la Deuda Pública en México, 1980-2001, septiembre del 2002

Capítulo 3: La relación entre Reagan y López Portillo

3.1 El panorama en 1981

A cinco años de distancia de 1976 el panorama de la situación de ambos países comenzaba a cambiar, pues, por una parte, los Estados Unidos habían retirado al influenciable “Jimmy” Carter de la oficina oval, colocando en su lugar al republicano Ronald Reagan

Reagan era un hombre mucho más firme en temas de política exterior, cuya influencia definiría, eventualmente a la derecha norteamericana, impulsando la renovación del movimiento conservador y convirtiéndose en una figura tan importante para sus seguidores como el Presidente Roosevelt lo es para los liberales y los demócratas.

Mientras tanto, en México el régimen que originalmente se había impuesto la misión de administrar la abundancia petrolera comenzaba a mostrar serias grietas que, aún en medio del optimismo general, ya hacían entrever el ambiente de crisis política y económica en que eventualmente terminó sumergida la administración de José López Portillo

3.1.1 En Estados Unidos

Tras el fin de la turbulenta era Carter, durante la cual los Estados Unidos atravesaron una profunda crisis, tanto en el terreno económico como en el político, el triunfo de Ronald Reagan representó para nuestros vecinos del norte el símbolo de una reafirmación de su identidad y liderazgo nacional y esta provino –no podía ser de otro modo- de Hollywood.

Nacido el 6 de febrero de 1911 en la ciudad Tampico, en el estado de Illinois, Ronald Reagan comenzó su carrera narrando encuentros deportivos para la radio y más tarde se convirtió en una estrella de mediano éxito tanto en el cine como en la televisión.

A principios de la década de los 60's, el todavía actor, dejó de lado sus preferencias iniciales por las propuestas de los demócratas y se afilió, sorpresivamente, al Partido Republicano, adquiriendo notoriedad durante la campaña presidencial de Barry Goldwater, en el año de 1964, desastrosa en términos electorales pero fundamental para los republicanos en términos políticos, pues a partir de ella se sentaron las bases del movimiento conservador que llegaría al poder en 1980 de la mano del propio Reagan y que aún hoy persiste encarnada en el polémico "Tea Party".

Dentro de dicha campaña Reagan presentó su famoso discurso "Tiempo de Elegir", que fue profusamente difundido en toda Norteamérica y que los posicionó como uno de los líderes más prometedores y carismáticos de su partido, gracias a reflexiones como las siguientes:

"¿Quieren decir "paz", o quieren decir que los "dejen en paz"?, No puede haber una paz verdadera mientras un Americano esté muriendo en algún lugar del mundo por el resto de nosotros"

"Estamos en guerra con el enemigo más peligroso que haya enfrentado a la humanidad en su largo ascenso desde el pantano hacia las estrellas y se ha dicho que si perdemos esta guerra y al hacerlo perdemos nuestra forma de libertad, la historia registrará con la más grande sorpresa que aquellos que tenían más que perder fueron los que menos hicieron para evitar que ocurriera"

“A usted y a mí nos dicen cada vez más que tenemos que elegir entre izquierda y derecho, pero yo quisiera sugerir que no existe tal cosa ...existe solo un arriba o un abajo. Arriba hacia el sueño tan antiguo como el hombre de la libertad individual consistente con la ley y el orden. O abajo hacia el totalitarismo de los hormigueros”⁴⁸

El contundente éxito de su discurso entre la base republicana y la sociedad en general lo posicionaron políticamente a nivel nacional como una de las principales figuras del renovado movimiento conservador, llevándolo a convertirse en un líder de opinión para la derecha estadounidense y algunos años después, en el Gobernador del Estado de California.

Tras servir durante un par de periodos como Gobernador de dicho estado, Ronald Reagan se consolidó como una de las figuras más importantes de su partido y obtuvo la candidatura Republicana para la Presidencia en las elecciones de 1980, enfrentándose al Demócrata “Jimmy” Carter, que buscaba reelegirse en medio del caos económico aunado a ridículos diplomáticos, como la “crisis de los rehenes” en Irán.

En aquellos años, los Estados Unidos en particular y el mundo occidental en general se enfrentaban a lo que parecía ser el avance imparable del comunismo a nivel global no solo por medio de la guerrilla armada sino, aún más preocupante, a través de la vía electoral.

A esto se sumaban, por si fuera poco, otros fenómenos como el despiadado embate de la inflación y el aumento de las cifras de desempleo, intensificados por las políticas proteccionistas implementadas por el Partido Demócrata durante la administración Carter.

⁴⁸ Reagan, Ronald. (1964). *A time for choosing*. Estados Unidos. Consultado el 24 de mayo de 2011.

En medio de un panorama desesperanzador, la retórica y la imagen fuerte de Reagan surgieron como un faro de ánimo y de fortaleza para el pueblo norteamericano en general y, por supuesto, para sus seguidores.

Su optimismo y su visión dieron lugar a una profunda transformación del escenario político en la Unión Americana, convirtiéndose en el catalizador para el renacimiento del movimiento conservador en Estados Unidos y en todo el mundo, en alianza con la Primer Ministro británica, la “Dama de Hierro” Margaret Thatcher.

3.1.2 En México

Mientras tanto en México, la administración de López Portillo gozaba todavía de la legitimidad obtenidos a raíz de las reformas a la Ley de Organismos y Procesos Electorales, la ya citada “LOPPE”, que permitió, por primera vez en la historia del régimen, que los partidos de oposición tuvieran una representación aceptable en las cámaras de diputados y senadores.

Además de legalizar la participación dentro del sistema de partidos políticos, de los grupos de corte comunista y sinarquista, que habían estado fuera del sistema durante varias décadas.

Así mismo, los altos precios del petróleo, aunados a los recursos obtenidos a través de los préstamos que México recibía casi en automático de inversores y organismos internacionales, le permitieron al gobierno mantener el espejismo de la abundancia y aceptar con millones de pesos provenientes de los recursos públicos a la economía nacional.

A esto se sumó la imagen de apertura y tolerancia presentada por el régimen de cara tanto a la sociedad mexicana como ante el mundo entero a raíz de la histórica visita de Juan Pablo II al país, después de casi siglo y medio de que las relaciones diplomáticas con El Vaticano hubieran cesado como parte de la hostilidad declarada de los liberales contra la Iglesia Católica.

Todos estos factores le daban al gobierno lopezportillista un amplio margen de maniobra que le permitió al presidente mexicano no solo cubrirse de gloria en los escenarios nacionales, sino también presentarse como un estadista de talla internacional, interviniendo, como lo comenté anteriormente, en el conflicto nicaragüense y posicionando en los foros mundiales una reivindicación del llamado “tercer mundo” frente a las potencias occidentales.

Sin embargo, junto a las buenas noticias se mostraban también, ya desde principios de 1981, las causas del posterior desastre en que concluiría la administración del Presidente José López Portillo, apenas un año y medio después.

El problema fue que, junto con la llegada de los nuevos ingresos, se recrudeció la corrupción, el nepotismo y, en términos generales, la extravagancia convertida por el régimen en norma de política pública como consecuencia de la falta de los contrapesos indispensables (oposición consolidada, prensa libre y organismos intermedios) para evitar que el poder ejecutivo arrastre en su soberbia y su inevitable caída a todo lo demás.

Así, a lo largo de su gobierno, José López Portillo y su familia se relacionaron estrechamente con personajes tales como el excéntrico “intelectual” norteamericano Lyndon LaRouche (considerado a nivel internacional como un fascista sectario y peligroso).

Además, la administración López Portillo tomó como una de sus referencias al economista de origen Hindú Ajit Singh, quien se desempeñaba como profesor de la Universidad de Cambridge, promotor del gasto público y un destacado crítico de la globalización.

Y, por supuesto, la galería de los personajes excéntricos se completa con el reconocido prestidigitador israelí Uri Geller, famoso en México por los trucos (especialmente el de las cucharas dobladas) que presentaba dentro del popular programa televisivo “Siempre en Domingo” y por su relación cercana con la primera dama Carmen Romano de López Portillo.

Incluso, Geller, quien, más allá de los chismes políticos, fue ciertamente un personaje muy cercano a la familia presidencial, asegura en su página web oficial que él fue quien descubrió los ricos yacimientos petroleros de Cantarell -base de la “abundancia” económica durante el sexenio de López Portillo- durante un vuelo en helicóptero.

Obviamente, la compañía de Petróleos Mexicanos no comparte esta delirante explicación, ya que dichos yacimientos habían sido descubiertos desde el año de 1971, mucho antes de que Geller pusiera un pie en México, por un pescador de nombre Rudecindo Cantarell,⁴⁹ menos glamoroso, pero cierto.

Asimismo, según la propia biografía de Uri Geller, el presidente López Portillo eventualmente se enteró de la cercana relación del ilusionista con la primera dama mexicana, a través de un artículo publicado en la prensa inglesa y debido a ello, tras ser avisado por el propio hijo del Presidente, Geller partió –o, mejor dicho, escapó- hacia los Estados Unidos para evitar las represalias que pudieran ocurrir en su contra.⁵⁰

⁴⁹ PEMEX. *Historia de Petróleos Mexicanos*. México. Consultado el 25 de mayo de 2011

⁵⁰ Margolis, 1999

Toda esta serie de pintorescas y extrañas compañías, aunadas al “inacabable” ingreso petrolero, propiciaron, entre otros factores, una serie de políticas públicas en las que el despilfarro alcanzó niveles nunca antes vistos por la sociedad mexicana en su atribulada historia.

La clave del desastre fue que ante los delirios ocasionados por el poder, nuestro sistema político carecía de contrapesos políticos o sociales que hicieran frente a los errores gubernamentales. Los empresarios y la clase media estaban muy ocupados endeudándose y viviendo “la vida loca” como para protestar y los partidos de oposición constituían una voz apenas audible en medio de los incesantes panegíricos al éxito gubernamental.

Por ello y siguiendo a la letra el típico modelo del “nuevo rico” que invierte en cosas sin sentido, esperando que el dinero dure para siempre, el gobierno mexicano se gastó todo lo que tenía y, después, siguió gastando todavía más, gracias a los “generosos” préstamos que nuestro país recibía sin mayor complicación debido al respaldo petrolero.

Así, por ejemplo, en octubre de 1978, el Instituto Mexicano del Seguro Social dejó de lado su labor primaria de atención a la salud para entrar de lleno en el negocio deportivo, al hacerse propietario del equipo Atlante, uno de los más tradicionales del fútbol mexicano

A este club, sus nuevos propietarios del gobierno federal trajeron figuras de nivel internacional, como el brasileño Luizinho, Hugo Marcelo Gottfried y el argentino Ricardo LaVolpe, además de Víctor Manuel Vucetich, Eduardo Moses, Rubén Anguiano y el goleador Evanivaldo Castro Cabinho,⁵¹ todo, por supuesto, con dinero público.

⁵¹ Atlante Fútbol Club. *Ahora le toca al IMSS*. México. Consultado el 25 de mayo de 2011 en: http://atlantefc.com.mx/historia_13.php

Mientras el gobierno invertía en trivialidades, la economía nacional fue golpeada por episodios como el fracaso del anteriormente citado gaseoducto, que recorría todo el país, desde Chiapas hasta la frontera norte, y que supuso para México un gasto, finalmente inútil, de mil millones de dólares.

A esto se suma la compra y fundación de multitud de empresas que pasaron a formar parte del monstruo de las industrias paraestatales, dedicadas a los más diversos ramos de la industria, desde la fabricación de bicicletas hasta la venta de pulque enlatado –el infame “Magueyín”- y, en casi todos los casos, registrando pérdidas multimillonarias en perjuicio del erario público.

Mientras tanto y como aún en medio del despilfarro las autoridades mexicanas no podían dejar completamente de lado sus obsesiones con el odiado vecino del norte, el gobierno de López Portillo lanzó el “Sistema Alimentario Mexicano”, llamándolo de este modo para que las iniciales “SAM” coincidieran con el personaje del “Tío Sam” que tradicionalmente identifica a los Estados Unidos de América.

El momento de la tan ansiada venganza en que México le demuestre a los envidiados vecinos que somos mejores había llegado, gracias a los burócratas y al dinero del petróleo, o, por lo menos, eso parecía creer buena parte de la sociedad mexicana.

3.2 La Crisis de la deuda

Para comprender los motivos y consecuencias de la crisis económica de 1982, que marcó para siempre el sexenio de José López Portillo y provocó una crisis de impacto global es necesario retroceder el reloj de la historia hasta los años 50's, durante la primer gran devaluación del peso en la época moderna –entiéndase la postguerra- de México.

El sábado de gloria, 17 de abril de 1954, el gobierno federal anunció que la necesidad de devaluar la paridad del peso ante el dólar ante la caída de las reservas monetarias gubernamentales (40% entre 1950 y 1954), el déficit de la cuenta corriente de la balanza de pagos por más de 200 millones de dólares entre 1951 y 1953 y la fuga de decenas de millones de dólares más durante los primeros meses de 1954⁵².

A consecuencia de esta devaluación y la crisis subsiguiente aparecieron personajes conocidos como los “sacadólares”, que volverían a aparecer en el panorama económico al recrudecerse la inestabilidad económica en 1982 y, entre la sociedad en general, surgió el pánico ante las devaluaciones en la forma en que lo conocemos actualmente.

En aquella ocasión, el gobierno federal, enfurecido ante los empresarios y políticos que habían sacado sus ahorros de México para ponerlos bajo buen resguardo en los bancos estadounidenses, amenazó con publicar una lista de quienes hubieran retirado del país el equivalente a 10 mil dólares o más.

El documento eventualmente se filtró a la prensa y en él, de acuerdo con los reportes periodísticos, se encontraban señalados personajes como Jorge Henríquez Guzmán, hermano de un excandidato presidencial y el panista Eduardo Facha.⁵³

Eventualmente la crisis fue superada y el país retomó el rumbo, mientras que el peso se estabilizó durante más de diez años a 12.5 por dólar, lo que permitió consolidar a la estabilidad cambiaria como un símbolo de la solidez del modelo económico mexicano y, por ende, del régimen que lo aplicaba.

⁵² Ramírez, 1985: 23 y 24

⁵³ Idem, pg 25

Como señalé anteriormente, los gobiernos, de Echeverría primero y de López Portillo después, abandonaron el esquema del “Desarrollo Estabilizador” impulsado por sus antecesores a favor de un paradigma de economía mixta, en la que el estado asumió un papel protagónico, a través de las empresas paraestatales con desastrosos resultados.

El mito de la administración de la abundancia se potenció al confirmarse el potencial de los yacimientos petroleros de Cantarell, que, aunque fueron descubiertos durante el sexenio de Echeverría, comenzaron a ser explotados durante la administración de López Portillo.

Merced a las nuevas reservas energéticas y los altos precios del petróleo provocados por la guerra fría y la inestabilidad política en los países productores de oriente medio, México se convirtió en el nuevo rico del barrio.

Sin embargo, en lugar de aprovechar esta riqueza para generar crecimiento de largo plazo, los petrodólares se destinaron a financiar caprichos y corrupción, con la inevitable consecuencia de un incremento acelerado de la inflación y, paradójicamente, de la deuda externa.

Efectivamente, los descubrimientos en Cantarell incrementaron la “línea de crédito” del gobierno mexicano ante los gobiernos y los bancos de todo el mundo. Nuestro país pedía prestado cada vez más dinero, confiando en que la estabilidad de los precios del crudo permitirían pagar los prestamos e incluso obtener ganancias.

En vista de lo anterior, este cuento de hadas no podía dudar y, en efecto, el declive se agudizó cuando la situación sociopolítica internacional comenzó a estabilizarse a principios de la década de los 80, bajo la mano firme de la administración de Ronald Reagan en los Estados Unidos y la Primer Ministro Margaret Thatcher en Inglaterra.

Ambos gobiernos encabezaron una tendencia global de fomento al libre mercado, reflejada en iniciativas como la del GATT, con el que México había “coqueteado” intermitentemente desde noviembre 1979, cuando se presentó ante la opinión pública un plan que permitiría la integración de nuestro país a dicho organismo, lo que provocó las airadas protestas del ala “izquierda de la familia revolucionaria”.⁵⁴

Mientras tanto, para principios de 1982, México acumulaba un déficit en la balanza de pagos por más de 11,000 millones de dólares⁵⁵ (es decir 55 veces mayor al que precedió la devaluación de 1954).

Tratando de aplazar lo inevitable, las autoridades mexicanas hacían que el peso mantuviera su paridad en base al incremento en las tasas de interés, que a su vez incrementaban aún más la inflación y, provocaban, por consecuencia una mayor compra de dólares, no solo por parte de los grandes inversionistas, sino por los empresarios e incluso la clase media.

Para 1982, tan solo el saldo de la deuda bruta del gobierno federal había llegado a 4,281 millones de pesos, es decir casi un 500% más que en 1980, mientras que, en el mismo periodo, el peso financiamiento neto del gobierno federal se multiplicó por 13, pasando de 115 millones de pesos en 1980 a 1,303 millones 2 años más tarde.⁵⁶

⁵⁴ Kaufman Purcell, 1981: 11

⁵⁵ Ramírez, 1985: 67

⁵⁶ Centro de Estudios de las Finanzas Públicas de la Cámara de Diputados, Estadísticas Históricas de la Deuda Pública en México, 1980-2001, septiembre del 2002

A consecuencia de lo anterior, el servicio de la deuda del gobierno federal sufrió un incremento igualmente alarmante, elevándose desde 171 millones de pesos en 1980 a más de 1,400 millones en 1982. Es decir, la situación era ya prácticamente insostenible.

Se trataba de la fiesta de los millones y muchos mexicanos bailaron al ritmo de los dólares. Aprovechando los esfuerzos del gobierno por mantener la paridad del peso bajo control, miles de personas se lanzaron a los centros comerciales de la frontera para aprovechar en grande los dólares que habían comprado a precios menores a los reales.

De este modo, para el mes de octubre de 1982 se estimaba que en los ciudadanos mexicanos habían adquirido hasta 40,000 propiedades en 60 ciudades de los Estados Unidos y contaban, en aquel país, con 1 millón de cuentas bancarias⁵⁷.

Así, como puede verse, la infame etiqueta de “sacadólares” no correspondió exclusivamente a los políticos, aunque algunos, como Roberto de la Madrid, gobernador de Baja California Norte, reconocieron públicamente tener propiedades en los Estados Unidos, alegando en su defensa que muchos otros personajes de su estado también las poseían.

El hecho es que tanto miles de profesionistas como empresarios medianos convirtieron a dólares sus ingresos en pesos, para evitar los estragos de la inflación rampante, dándole el tiro de gracia a la economía mexicana, ya de por sí mortalmente herida a causa de la extraordinariamente elevada irresponsabilidad gubernamental.

⁵⁷ Proceso, 11 de octubre de 1982, número 310

Así, ya el 24 de agosto de 1981, en su número 251, la revista Proceso señalaba que, durante los 5 años anteriores, el peso se había estado debilitando en forma lenta pero constante y que, a consecuencia de ello ya se había devaluado 100% ante el dólar.

Peor aún, la tercera parte de los recursos bancarios del país se encontraban en monedas extranjeras, particularmente en dólares norteamericanos y estos eran apenas los primeros avisos de la enorme crisis que venía.⁵⁸

De este modo, eventualmente ocurrió lo inevitable, cuando, el 17 de febrero de 1982, el exhausto Banco de México anunció su retiro del mercado cambiario, lo que equivalía, en términos políticos, a anunciar una devaluación.

Tan solo unos días antes, en un contundente editorial publicado en el New York Times y titulado “Mexico después de la Fiesta”, el periodista Alan Riding señalaba que, tras los cuatro años de gasto público descontrolado, importaciones y préstamos que siguieron al descubrimiento de la riqueza petrolera, ha seguido la cruda y los sentimientos de lamento.⁵⁹

Rápidamente los mercados reaccionaron y el indefenso peso mexicano se desplomó hasta los 70 por dólar y llegaría hasta los 150 por dólar americano apenas un año después.

⁵⁸ Zúñiga, Juan Antonio y Cardozo, Victor (1981) *La tercera parte de los recursos bancarios nacionales, en moneda norteamericana*, en Proceso, 24 de agosto de 1981, pag 6

⁵⁹ Riding, Alan (1981). *Mexico, After the Fiesta*. Estados Unidos. Consultado el 16 de agosto de 2011 en: <http://www.nytimes.com/1982/02/14/world/mexico-after-the-fiesta.html>

Ante la gravedad de la crisis económica, el gobierno ordenó aumentos de emergencia, de hasta 30% para el salario de los trabajadores. Sin embargo, estos incrementos, en el caso de muchas empresas no se llevaron a cabo o bien fueron superados ampliamente por la monstruosa avalancha inflacionaria que avanzaba a un ritmo superior al 55% anual.

Por tanto, tan solo seis meses después de que el Banco de México se retirara del mercado cambiario, al llegar agosto, la situación no había hecho sino empeorar, a pesar –o quizá debido a- las medidas implementadas por el gobierno para contener los efectos de la crisis.

Todo ello aderezado por escenas verdaderamente grotescas como la protagonizada por un empleado de Bancomer (por entonces propiedad de Manuel Espinosa Yglesias) que salió hacia Estados Unidos con 5 millones de dólares en dos maletas para depositarlos en un banco norteamericano, mientras que, en un solo día, el Banco de Cédulas Hipotecarias, remitió 300 millones de dólares al extranjero.

En respuesta, el gobierno federal, a través de su secretario de hacienda, Jesús Silva Herzog, anunció el día 5 de agosto la implementación de un sistema dual de cambio.

Esta nueva estrategia representaba un intento desesperado por contener la fuga de divisas y evitar el agotamiento total de las reservas nacionales, pero aún así no tuvo éxito e inclusive provocó una nueva caída del peso hasta 84 y poco después 120 por dólar en el mercado libre.

A pesar de las patadas de ahogado del gobierno, el hecho indiscutible era que México seguía cayendo por la pendiente, al grado de que en la prensa internacional el caso mexicano comenzó a ser comparado con el ambiente previo a l golpe de estado ocurrido en Irán poco antes⁶⁰ y por ende, el propio Silva Herzog viajó, el 17 de agosto, a los Estados Unidos en busca del apoyo del gobierno norteamericano.

Dicho apoyo, una muestra más de la relación de dependencia entre nuestros países, no logró evitar la insolvencia mexicana, por lo que el día 22 del mismo mes México anunció oficialmente que no tenía dinero para pagar la deuda, acompañando la noticia con una serie de argumentos destinados a tranquilizar – infructuosamente, por cierto- a los inversionistas.

Apenas una semana y media después, el primero de septiembre, dentro de su sexto y último informe de gobierno, López Portillo, asesorado por Carlos Tello dio a conocer la nacionalización de la banca, como una estrategia para solventar la crisis y como un castigo ante lo que el gobierno percibía como la avaricia de los banqueros.

“Con lo que no pudimos, fue con la pérdida de confianza en nuestro peso, alentada por quienes adentro y afuera, pudieron manejar las expectativas y causar lo que anunciaban, con el sólo anuncio. . . Contra esto ya no pudo el vigor de nuestra economía.”

“Podemos afirmar, en consecuencia, que de la economía mexicana han salido ya, en los dos o tres últimos años, por lo menos 22 mil millones de dólares; y se ha generado una deuda privada no registrada para liquidar hipotecas, por alrededor de 17 mil millones de dólares, que se adicionan a la deuda externa del país”

“El acoso al peso iniciaba en las mismas ventanillas de los bancos, en las que se aconsejaba y apoyaba la dolarización...tal vez lo consideraban deber con su clientela”

⁶⁰ Pellicer, 1983: 93

“tenemos datos de que las cuentas bancarias recientes de mexicanos en el exterior ascienden, por lo menos a 14 mil millones de dólares. Hay quienes afirman que es mucho más”

“soy responsable del timón, pero no de la tormenta”

“Ha sido un grupo de mexicanos. . . encabezado, aconsejado y apoyado por los bancos privados, el que ha sacado más dinero del país, que los imperios que nos han explotado desde el principio de nuestra historia”

“nuestro país, dadas sus carencias acumuladas y su dinamismo social, no tiene margen para permitir el desarrollo de las actividades especulativas. Tiene el imperativo de destinar la totalidad de sus recursos a la producción”

“he expedido, en consecuencia, dos decretos: uno que nacionaliza los bancos privados del país, y otro que establece el control generalizado de cambios. . . Es ahora o nunca. Ya nos saquearon. México no se ha acabado. No nos volverán a saquear”

“Que la alegría y el ánimo de la lucha se mantenga en cada hogar mexicano”⁶¹

Detrás de las amargas palabras del presidente se ocultaba una profunda fractura al interior del sistema político que había gobernado a México durante la mayor parte del siglo XX y que, cómplice en la bonanza ahora canibalizaba a sí mismo en una tragedia digna de los dramas griegos.

Los políticos y los empresarios, que durante décadas se habían mantenido como aliados, se culpaban ahora mutuamente de una crisis que, en efecto, había sido provocada por la ambición y la incompetencia de ambos. La verdad indiscutible es que el gasto corriente del gobierno mexicano se disparó a una velocidad inaudita durante los gobiernos de Echeverría primero y de López Portillo después.

⁶¹ López Portillo, 1982: 49-50, 64-65, 72

Como ejemplo, tan solo en lo que se refiere a los organismos y empresas controlados presupuestalmente por el estado, el gasto pasó de 62,487 millones de pesos en 1972 a la exorbitante cifra de 1,204,637 millones de pesos para 1981, menos de una década después.

Es decir, se registró un incremento superior al 2000%⁶² y tan solo durante el primer trimestre de 1982 este rubro ya había superado los 411,103 millones de pesos, mientras que los ingresos brutos del gobierno federal pasaron, entre 1972 y 1980, de 53,341 millones de pesos a 683,780 millones de pesos⁶³

Por otra parte, el gasto ejercido por el gobierno federal pasó de 77,230 millones de pesos en 1972 a 1,556,483 millones en 1981 y, peor aún, para la inversión de la administración López Portillo durante el primer trimestre de 1982, ya había alcanzado los 511,100 millones de pesos, una cifra superior al gasto total de 1978.⁶⁴

Siguiendo con esta impresionante y atemorizante danza de números, que se incrementaban en forma sorprendente ante el desplome de los engranajes económicos, el gasto ejercido del sector público se elevó, de 139,717 millones de pesos en 1972 hasta 2,761,126 millones de pesos en 1981 y, para no variar, durante el primer trimestre de 1982, la cuenta ya había alcanzado, los 922,203 millones de pesos⁶⁵

⁶² López Portillo, 1982: 88

⁶³ Idem, pag 35

⁶⁴ Idem, pag 84

⁶⁵ Idem, pag 92

Simultáneamente, el medio circulante, pasó, de 64.3 billones de pesos en 1972 a 612.4 billones en 1982, es decir, que gracias al incansable uso de las “maquinitas de hacer billetes” como las llamaban en los círculos políticos, en menos de 10 años, el dinero en circulación se incrementó en casi un 1000%⁶⁶

Todo lo anterior influyó decisivamente para que el déficit en la cuenta corriente de la balanza de pagos pasara, de 1,006 millones de dólares en 1972 a una cifra 11 veces superior, 11,705 millones en 1981⁶⁷, todo ello a pesar de que, según la había manifestado administración de López Portillo apenas unos años atrás, el problema de México iba a ser “Administrar la abundancia”.

Al mismo tiempo, la deuda pública interna del gobierno federal se elevó de 74,241 millones de pesos en 1972 hasta 1,041,333 millones en 1981⁶⁸. Mientras tanto la deuda externa del sector público a plazo menor de un año pasó de 742 millones de dólares en 1972 hasta 10,754 millones en 1981⁶⁹, lo que en términos prácticos significaba que el país tenía la soga al cuello y esta se estaba apretando cada vez más.

En medio de todo este ambiente de caos, a principios de noviembre de 1981 salió a la luz pública un informe para uso interno del Congreso de los Estados Unidos, donde se afirmaba que el modelo de industrialización mexicano era responsable de las desigualdades sociales.

⁶⁶ Idem, pag 206

⁶⁷ Idem, pag 293

⁶⁸ Idem, pag 295

⁶⁹ Idem, pag 299

Por tanto, concluía dicho documento, la solución de largo plazo para el desarrollo de nuestro país se encontraba en la integración económica con los Estados Unidos, incluyendo el libre tránsito, tanto de personas como de capitales entre ambos países⁷⁰.

Por supuesto, en ninguno de los dos países estaba el horno para hablar de integración y menos aún del lado mexicano donde, como parte de la relación de amor-odio que vivimos con los norteamericanos, el gobierno alternaba las súplicas de apoyo con los airados reclamos al vecino del norte.

Por cierto, en una nota lateral, aunque 13 años después entró en vigor el Tratado de Libre Comercio, el libre tránsito de trabajadores sigue, hasta la fecha siendo un tema pendiente en la agenda, sin que se vislumbre una solución pronta a este problema.

Pero de regreso al caos lopezportillista, mientras el castillo de naipes de la economía mexicana se derrumbaba a su alrededor, como lo demuestran contundentemente los datos anteriormente expuestos, el gobierno mexicano decidió asumir la posición de encerrarse en su caparazón y si la realidad lo contradecía, peor para la realidad.

Así, aún en medio de la más profunda crisis de los últimos 50 años, el Presidente José López Portillo todavía tenía la audacia de pontificar, mientras la sociedad intentaba aguantar el duro golpe financiero.

⁷⁰ Rodríguez Castañeda, Rafael (1981) *Mercomun del norte o libre comercio, pasos a la integración*, en *Proceso*, 9 de noviembre de 1981, pags 8-9

“El mundo actual en lo económico vive la ruptura del sistema impuesto por los triunfadores de la segunda guerra mundial, para ordenar el mundo a su imagen y conveniencia. Mantienen la fuerza de su liderazgo; pero este ya no es eficaz. Ya no hay el orden que, bien o mal, lo justificaba⁷¹”.

Y al compás de los coqueteos presidenciales con la filosofía geopolítica, la corrupción en México alcanzaba nuevas alturas, como lo reportaron incluso en su momento, y a pesar de la severa censura existente, algunos medios informativos nacionales.

Por ejemplo, la revista Proceso en su número 249, fechado el 10 de agosto de 1981, señaló que, de acuerdo a una investigación del Buró Federal de Investigaciones (FBI) de los Estados Unidos, funcionarios de la Dirección Federal de Seguridad participaron en el robo de por lo menos automóviles de lujo en los Estados Unidos, con un costo total cercano a los 40 millones de dólares.

Esta gravísima acusación implicaba incluso al propio Miguel Nassar Haro, director de la Dirección Federal de Seguridad, una especie de policía política al servicio del régimen.⁷²

Sin embargo, si bien es cierto que el dispendio y la corrupción gubernamental fueron los factores determinantes para detonar la crisis económica de 1982, tampoco podemos librar de culpa a la sociedad y, específicamente a los grupos empresariales.

⁷¹ López Portillo, 1982: 13

⁷² Rodríguez Castañeda, Rafael, *Jefes y agentes de la federal de seguridad partícipes en la compraventa de autos robados*, en Proceso, 10 de agosto de 1981, pags 7-8

Los empresarios fueron culpables de la crisis del 82 en forma pasiva por su indolencia ante la corrupción e incompetencia del régimen, del que se convirtieron en cómplices y beneficiarios y al cual sostenían a cambio de una patente de corso para explotar a sus clientes, vendiéndoles artículos de pésima calidad sin tener que preocuparse por la competencia externa.

Y en forma activa, al sacar cientos de millones de dólares, actividad en la que también participaron activamente los políticos, de modo que, empresarios y gobierno unidos en torno a sus propios intereses acabaron conspirando en contra de las clases medias, que se encontraban indefensas ante los abusos de que eran víctimas a manos, tanto del gobierno corrupto, como de los comerciantes sin escrúpulos.

Aún durante los últimos 3 meses de 1982, se fugaron del país más de 2,626 millones de dólares⁷³, lo que demuestra el abismo de desconfianza en que habían caído las autoridades mexicanas y del que todavía hoy, a 27 años de distancia, no se reponen del todo.

Sin embargo, en esta ocasión, el tamaño de la crisis fue tal que a partir de entonces algunos grupos empresariales comenzaron a darse cuenta de que no podían seguir siendo cómplices del régimen priísta.

En consecuencia, comenzaron a involucrarse activamente en la actividad política, especialmente dentro de las filas del Partido Acción Nacional que de este modo pasó a convertirse de una “oposición leal” a una verdadera opción de gobierno, por primera vez en su historia.

⁷³ Ramírez, 1985: 105

Acorralado por la catástrofe, durante el periodo comprendido entre septiembre y noviembre de 1982, López Portillo se basó en las ideas del nuevo director de Banxico, Carlos Tello y coqueteó con la idea de una moratoria conjunta con otros países de Latinoamérica, lo que hubiera puesto en grave riesgo al sistema financiero mundial.

Sin embargo, tras el rechazo de su propuesta por parte de los gobiernos de Argentina, Brasil y Venezuela, el Presidente decidió dejarle el manejo de los temas económicos a su sucesor, Miguel de la Madrid Hurtado, que asumió la Presidencia de la República el día primero de diciembre de 1982.

Por otra parte, mientras la economía mexicana se caía a pedazos, el presidente López Portillo decidió involucrarse en el peso y en la bandera para mantener a nivel internacional un liderazgo moral que había perdido definitivamente al interior de su propio país, clamando en foros internacionales contra los países desarrollados y apelando al nacionalismo de los contribuyentes mexicanos.

Todavía el primero de octubre, cuando ya había nacionalizado la banca, López Portillo tuvo la audacia –o el cinismo- de tomar la tribuna de la Asamblea General Organización de las Naciones Unidas para pontificar a favor de un “nuevo orden económico” mundial.

Ahí, el presidente mexicano dijo, entre otras cosas que *“La reducción de las disponibilidades de crédito para los países en desarrollo tiene serias consecuencias, no sólo para ellos, sino para la producción y el empleo de los países industriales”*

“No sigamos en este círculo vicioso. Podría ser el principio de un nuevo oscurantismo medioeval sin posibilidades de renacimiento”

Es decir, que todavía quería más dinero, a pesar de que no podía pagar el que ya le habían prestado

“Los países en desarrollo no queremos ser avasallados. No podemos paralizar nuestras economías y hundir a nuestros pueblos en una mayor miseria para pagar una deuda... cuyas condiciones nos son impuestas”.

Quiero ser enfático: los países del sur no hemos pecado contra la economía mundial. Nuestros esfuerzos para crecer, para vencer el hambre, la enfermedad, la ignorancia y la dependencia no han causado la crisis internacional.

Después de grandes esfuerzos correctivos en materia económica, mi gobierno decidió atacar el mal por su raíz y extirparlo de una buena vez. Era obvio que existía una inconsistencia entre las políticas internas de desarrollo y una estructura financiera internacional errática y restrictiva.

“Era irreconciliable una política de crecimiento razonable con una libertad especulativa de cambios. Por eso establecimos el control de divisas.”

“Dicho control sólo puede funcionar ...mediante un sistema bancario que siga las políticas de su país y de su gobierno, y no de sus propios intereses especulativos y los vaivenes del caos financiero internacional. Por eso nacionalizamos la banca”.

“No podemos fracasar. Hay lugar al tremendismo. Está en juego no sólo el legado de la civilización sino la sobrevivencia misma de nuestros hijos, de las futuras generaciones de la especie humana”.⁷⁴

Más allá del obvio mesianismo que emana de cada una de las frases anteriores, el discurso de López Portillo dejó en claro que el presidente de México había perdido por completo el contacto con la realidad, para encerrarse en su mundo y el que le presentaban sus colaboradores.

Don José habla de que *“Nuestros esfuerzos para crecer, para vencer el hambre, la enfermedad, la ignorancia y la dependencia no han causado la crisis internacional”.*

Por tanto parece olvidar, en un curioso ejemplo del Alzheimer selectivo que afecta a nuestros políticos, que los grandes dispendios que dieron origen a la crisis mexicana no se surgieron de “esfuerzos para vencer el hambre” sino de la incompetencia, la corrupción y el faraonismo de un régimen presidencialista carente de contrapesos.

Más aún, su andanada contra las autoridades monetarias internacionales y, en buena medida, la serie de políticas que llevaron a niveles nunca antes vistos la catástrofe financiera mexicana de 1982, fueron inspiradas por personajes de muy dudosa probidad.

Entre ellos destaca el ya mencionado activista norteamericano Lyndon LaRouche, quien se reunió con López Portillo en mayo de ese año para asesorarlo en materia económica.

LaRouche publicó meses después un documento conocido como “Operación Juárez” donde delineaba una serie de estrategias para, supuestamente, poner de rodillas a los países desarrollados y negociar así el surgimiento de un nuevo orden económico a nivel mundial.

Por supuesto, el grotesco experimento resultó en desastre y, a consecuencia de ello, López Portillo acabó su periodo presidencial considerado como uno de los peores gobernantes en la historia de México lo que, considerando la competencia, es un muy dudoso honor.

⁷⁴ López Portillo, José. *Discursos pronunciados durante el inicio anual de labores de la Asamblea General de la ONU*, 1 de octubre de 1982

Viendo las cosas por el lado amable, al menos contó con la gratitud del movimiento LaRouchista, que a lo largo de los años siguientes lo invitó continuamente a participar en sus ciclos de conferencias,⁷⁵ además de defenderlo en sus medios electrónicos.

Y, no podía ser de otro modo, la buena voluntad del propio Lyndon LaRouche, que todavía en el año 2007, calificó a al Presidente López Portillo como un “héroe de México”⁷⁶.

En todo este episodio los Estados Unidos mantuvieron una actitud expectante, perdonando los exabruptos vocales de López Portillo y atendiendo con una mezcla de complacencia y displicencia a sus desordenados vecinos del sur, como ocurrió claramente durante la visita “secreta” de Jesús Silva Herzog a Washington, en el mes de mayo de 1982.

Como ha venido ocurriendo a lo largo de los últimos 100 años, aunque México, de dientes para afuera, mantiene una política independiente de los Estados Unidos de América e incluso en ocasiones llega a enfrentársele, en la realidad su gobernantes se mantienen atados a los vecinos del norte y las grandes decisiones, las grandes señales políticas, se dan en la prensa o en las reuniones de alto nivel celebradas en los Estados Unidos.

⁷⁵ López Portillo, José. (1998) *Es necesario que la sabia palabra de Lyndon LaRouche se escuche en el mundo*. Estados Unidos. Consultado el 24 de mayo de 2011

⁷⁶ LaRouche, Lyndon. (2007) *Lyndon LaRouche y José López Portillo defienden el principio del bien común*. Estados Unidos. Consultado el 24 de mayo de 2011

3.3 El nuevo orden económico

En contraste con el amargo fin que tuvieron las relaciones entre López Portillo y Carter, el trato con Ronald Reagan comenzó de la mejor manera posible, con un cálido encuentro celebrado en el puente fronterizo que une a las ciudades de Juárez, en Chihuahua con El Paso, en Texas, el 2 de enero de 1981, cuando el último era todavía presidente electo.

Su siguiente encuentro estaba planteado para llevarse a cabo en el mes de abril, pero el atentado en contra del mandatario norteamericano, que casi le cuesta la vida y lo mantuvo alejado por varias semanas de la agenda oficial, obligó a que se retrasara dos meses.

Así, finalmente, el 8 de junio de 1981, Ronald Wilson Reagan recibió en la Casa Blanca a su homólogo mexicano José López Portillo, en medio de una atmósfera de amplia cordialidad

Ahí Reagan le dio la bienvenida a su homólogo mexicano a nombre del pueblo de los Estados Unidos y le expresó su *“personal afecto y respeto”* ya que *“la relación que hemos desarrollado como individuos es indicativa de la nueva dimensión que estamos trayendo a la amistad entre nuestros países”*

“En un mundo lleno de países vecinos que recurren a la violencia, vecinos que han perdido de vista sus valores compartidos e intereses comunes, la Buena voluntad entre México y los Estados Unidos es una flor por cuya belleza nos reunimos aquí.”

“Dios hizo vecinos a México y a los Estados Unidos, pero es nuestro deber y el de las generaciones aún por venir el que permanezcamos como amigos. Te doy la bienvenida hoy con el compromiso de que esta administración trabajará sincera y diligentemente para mantener una relación de respeto mutuo y de cooperación entre nuestras dos naciones.”

“Nuestra misma cercanía representa la oportunidad de demostrarle al mundo como dos naciones, hablando juntas como iguales, como socias y como amigas, pueden resolver sus problemas y profundizar su respeto mutuo.”

Espero un amplio intercambio de visiones que solidificará los lazos entre nosotros. La amistad personal que estamos desarrollando debe ser igualada por la cercanía entre nuestros dos pueblos”⁷⁷

Por su parte, el presidente mexicano, José López Portillo Replicó que estaba muy contento de comprobar la gran capacidad de recuperación de Reagan, tras el atentado que este último había sufrido unos meses atrás y añadió, entre otras cosas, que:

“Hay muy pocos países en el mundo con tantos temas para tratar entre sí como los Estados Unidos y México. No solo somos vecinos, sino que además representamos dos mundos. Literal y geográficamente hablando representamos el norte y el sur a lo largo de 3 mil kilómetros de frontera”

También representamos la relación entre el mundo en desarrollo y el que ya se ha desarrollado y también estamos inmersos en un contexto regional que da forma a nuestra relación.

“Vengo aquí, señor, como un amigo sin ningún prejuicio, a hablar acerca de estos temas con usted y a probar con mi visita que puede haber Amistad.... y que esta amistad puede tener como su mayor pilar y base a la razón.”

“La arrogancia es una peligrosa desviación de quienes están en la posición más débil. El otro muy peligroso aspecto es la sumisión. Nosotros escogeremos el camino del respeto y de la razón sin ninguna sumisión y sin ninguna arrogancia”.

⁷⁷ Regan, Ronald (1981). *Remarks at the Welcoming Ceremony for President Jose Lopez Portillo of Mexico*. Estados Unidos. Consultado el 24 de mayo de 2011

Es decir, que aún en medio del intercambio de ligeras cortesías que suele caracterizar a este tipo de encuentros, el Presidente Mexicano dejaba claro, al menos en apariencia, que nuestro país no se sometería a la voluntad de Reagan, como no lo había hecho ante la de Carter, si bien expresándose de con un tono mucho más diplomático que el empleado con este.

Haciendo eco de aquel refrán que reza “dime de qué presumes y te diré de qué careces”, López Portillo anunciaba la no sumisión de México ante los Estados Unidos como una reafirmación de independencia no solo de cara al mandatario y el pueblo norteamericanos sino a la propia sociedad mexicana, ávida de contar con un liderazgo sólido.

Sería impensable que el presidente de México se refiriera en esos términos durante una visita a Paris, Londres o incluso a la propia Madrid, capital del otro gran villano del subconsciente nacional.

Sin embargo, estando ante el líder de nuestro vecino del norte, el jefe del gobierno mexicano no quiso dejar pasar la oportunidad de gritar a los cuatro vientos nuestra independencia, justamente para distraer la atención del público respecto al dominio cuasi imperial que los Estados Unidos han ejercido sobre nuestro país a lo largo de los últimos 150 años.

Y continúa José López Portillo:

“Creo que pocas veces en nuestra historia ha existido la oportunidad para un buen entendimiento como la hay hoy para entendernos mutuamente y profundizar en nuestra relación”.

*“Siento, señor presidente, que usted tiene una muy Buena voluntad y un sentimiento amistoso. Creo que es una persona decente y honesta. Haré un gran esfuerzo para responder la gentileza que usted tiene conmigo.”*⁷⁸

“Haré un gran esfuerzo para responder a la gentileza que usted tiene conmigo” estas palabras hablan por sí solas de la relación de necesidad/animadversión que los gobiernos mexicanos han tenido con sus homólogos de Norteamérica durante casi toda nuestra historia.

Por otra parte, en la entrada de su diario, correspondiente al 8 de junio de 1981, el presidente Reagan consignó que tras la recepción oficial, él y López Portillo se trasladaron a la residencia de descanso de Camp David, donde montaron juntos a caballo y comieron barbacoa.

Además dialogaron durante cerca de una 60 minutos acerca de un programa conjunto entre Estados Unidos, Canadá y México para dar un fundamento sólido a las economías de América central y el Caribe, a fin de resolver el problema de las desigualdades sociales en esos países y evitar que cayeran bajo la influencia cubana.⁷⁹

Como podemos ver, dentro de lo que cabe para las tensas relaciones de ambos países, en ese momento todo era vida y alegría, nada que ver con las tensiones de los encuentros con Carter, aunque, por supuesto, aquello no podía durar y eventualmente, México y Estados Unidos se vieron “enfrentados” en el marco de una cumbre internacional organizada por el gobierno en las playas de Cancún para impulsar un nuevo modelo de comercio y política internacional.

⁷⁸ López Portillo, José (1982). *Remarks at the Welcoming Ceremony for President Jose Lopez Portillo of Mexico*. Estados Unidos. Consultado el 24 de mayo de 2011

3.3.1 La Cumbre de Cancún

Como parte de su estrategia para impulsar un nuevo orden económico internacional, el gobierno mexicano convocó a sus pares del resto del mundo a una cumbre a realizarse en la ciudad turística de Cancún (lanzada a la fama como el gran proyecto turístico durante el sexenio anterior) los días 22 y 23 de octubre de 1981.

Reagan llegó a México el 21 de octubre, siendo recibido con todos los honores por el Presidente López Portillo, que desempeñaba a la perfección su papel del perfecto anfitrión ante la veintena de delegaciones asistentes desde países como India, Venezuela, Austria y los propios Estados Unidos.

Ya en la cumbre, la emergente alianza entre Ronald Reagan y la extraordinariamente talentosa Margaret Thatcher, primer ministro británica, juntos, los dos más grandes exponentes de la nueva visión conservadora, logró descarrilar los planes para el “nuevo orden económico mundial” predicado por López Portillo, quien de este modo vio fracasar sus intentos por convertirse en un líder de peso internacional

Simultáneamente, durante los días anteriores, el gobierno mexicano se vio envuelto en una fricción con Cuba, respecto a la asistencia o no de Fidel Castro a la reunión internacional.

Las relaciones de México con la Habana habían estado mejorando consistentemente a lo largo de los últimos 10 años y alcanzaron su punto más alto con la visita de Fidel Castro a Cozumel, el 17 de mayo de 1979.

⁷⁹ Reagan, 2007: 24

Sin embargo, dos años y medio después, al llegar la cumbre de Cancún, las circunstancias habían cambiado y el veto norteamericano sobre la participación de Castro tenía un enorme peso.

En vista de lo anterior, López Portillo (en un episodio relativamente similar al protagonizado por Vicente Fox años más tarde) le pidió al dirigente cubano que no asistiera a la reunión, lo que generó un periodo de desencuentro, que el gobierno de México intentó contener invitando nuevamente a Castro al país, durante el mes de agosto de 1981.

Finalmente, la cumbre de Cancún concluyó, como suele ocurrir con este tipo de eventos, en una letanía de buenas intenciones, una amigable foto para el recuerdo pero sin resultados concretos, más allá de la consolidación del equipo Reagan-Tatcher.

3.3.2 El Caso de Nicaragua

Durante la parte final de la década de los 70's y el inicio de los 80's, el régimen comunista invirtió una gran cantidad de recursos vía sus satélites en Cuba, para "exportar la revolución" a los países de América Central, con el objetivo de generar cabezas de playa que provocaran inestabilidad en el patio trasero de los Estados Unidos.

Ya en 1979, además de los longevos grupos guerrilleros en Centroamérica, apareció un grupo de corte comunista llamado "El Movimiento Nueva Joya", que, encabezado por Maurice Bishop y organizado desde Cuba, había tomado el poder en la pequeña Isla de Granada.

Además, ese mismo año ocurrió el triunfo sandinista en Nicaragua, mientras que los rebeldes en El Salvador radicalizaban sus ataques.

En el marco de esta inestabilidad en aumento y tras una reunión llevada a cabo el 18 de enero de 1979, entre el presidente de México y el mandatario El Salvador, Carlos Humberto Romero; López Portillo escribió que su colega, al igual que el resto de los gobiernos centroamericanos, carecía de un programa de gobierno y se limitaba a tratar de sobrevivir.

Además manifestó que compartía con él la teoría de que los Estados Unidos desestabilizaron al dictador nicaragüense Anastasio Somoza, pero no tenían con quien sustituirlo⁸⁰, lo que incrementaba el riesgo del arribo de un régimen de corte comunista, como eventualmente ocurrió.

La complicidad del gobierno mexicano con los sandinistas era tal que el propio gobierno mexicano envió el avión presidencial “Quetzalcoatl” para que la junta rebelde, que había triunfado en julio de 1979, se trasladara a la ciudad de Managua⁸¹.

Cuando, un par de años después, Reagan llegó a la presidencia de los Estados Unidos, la crisis en Nicaragua no había cesado y por el contrario, los nuevos gobernantes demostraron una afición a la violencia y la violación de los derechos humanos parecida a la del régimen al que habían derrocado, como ocurrió en el caso de la llamada “Navidad Roja”⁸² en el traslado forzado de hasta 42 comunidades indígenas.⁸³

⁸⁰ López Portillo, 1988: 202

⁸¹ López Portillo, 1988: 861

⁸² Romero, Elizabeth (2010). *Cierran caso Navidad Roja*. (Nicaragua). Consultado el 16 de agosto de 2011 en: <http://www.laprensa.com.ni/2010/07/26/nacionales/32647>

⁸³ Cardoze, Julio Ignacio. (2007). *Genocidio de miskitos por los Sandinistas*. (Nicaragua). Consultado el 16 de agosto de 2011

Por tanto y para responder a la amenaza que las guerrillas comunistas de Centroamérica representaban para los Estados Unidos, el gobierno norteamericano diseñó una estrategia para entrenar (junto con el gobierno argentino) a mil quinientos paramilitares (conocidos como los “Contras”) que tendrían como tarea el amedrentar al gobierno sandinista de Nicaragua.

Reagan, quien, en palabras de un testigo, era “profundamente adverso a la violencia” se opuso al plan original y solo lo aprobó después de que este sufrió modificaciones para evitar al máximo posible la muerte de civiles, ahora bajo el nombre NSDD 17.

Aún así, Ronald Reagan buscó una última salida negociada con los comunistas, al enviar a uno de sus asesores más cercanos a entrevistarse en secreto con el vicepresidente cubano, Carlos Rafael Rodríguez.⁸⁴

Dicho encuentro, que concluyó sin alcanzar algún acuerdo importante, se llevó a cabo justamente en la Ciudad de México, lo que reafirma la importancia que, durante la guerra fría, tenía nuestro país como espacio de encuentro y negociación para ambos bandos en conflicto y, de manera muy especial, para los Estados Unidos.

Eventualmente, el caso de los “contras” se convertiría en un verdadero dolor de cabeza para la administración Reagan, mientras que, de este lado de Río Bravo, el presidente López Portillo conservó, hasta el final de sus días, una postura a favor de la guerrilla sandinista.

⁸⁴ O’Sullivan, 2008: 188, 189,

Ello aún después de que sus dirigentes, acusados dentro de la propia Nicaragua tanto de corrupción como de crímenes de guerra, fueran derrotados democráticamente por Violeta Barrios, en las elecciones celebradas el 25 de febrero de 1990.

Así, el caso Nicaragua reunió en si mismo las principales características del trato entre México y Estados Unidos durante los años de la guerra fría y, particularmente, a lo largo del sexenio de López Portillo: una mezcla de necesidad mutua, desconfianza y, al mismo tiempo, un diálogo permanente, sostenido en un entorno de cordialidad, si bien esta se limitaba en muchas ocasiones tan solo a los aspectos superficiales.

Capítulo 4: Conclusiones

Tanto las personas como los pueblos nos definimos en base a nuestro entorno y por ello el entender el modo en que nos relacionamos con nuestros vecinos es fundamental no solo para interpretar las dinámicas de nuestro trato externo, sino para conocernos a nosotros mismos.

Como hemos analizado a lo largo de los tres capítulos de esta tesis, la, de por sí compleja relación entre México y los Estados Unidos adquirió una textura propia, marcada por el boom petrolero y los ecos de la guerra fría, durante el periodo correspondiente a la administración presidencial de Don José López Portillo.

En el tejido de esta dinámica particular influyeron, por supuesto, las coyunturas internacionales, principalmente por lo que se refiere al desarrollo de la guerra fría, la crisis en los campos petroleros del medio oriente y el activismo revolucionario de Cuba en Centro América.

Sin embargo, no podemos dejar de lado la importancia de las propias personalidades de los presidentes, que, como reflejo de los vicios y virtudes de sus respectivos pueblos, se encontraron en medio de dichas circunstancias.

Así, al final del día el factor humano y las inercias históricas se fundieron para darle forma al trato entre los desconfiados países a quienes, un par de décadas después, el embajador norteamericano Jeffrey Davidow calificaría como “El oso y el puercoespín” en su libro del mismo nombre.

4.1 El factor humano

Al inicio del periodo en estudio nos encontramos con “Jimmy” Carter, el demócrata venido del sur y elegido por sus compatriotas para limpiar a la política tras el escándalo de Watergate y la subsiguiente renuncia del otrora todopoderoso Richard Nixon.

“Jimmy” Carter era, según el juicio compartido por la prensa americana y por el propio López Portillo, un hombre movido aparentemente por buenas intenciones, pero condenado al fracaso debido a su crónica debilidad de carácter, que acabó por convertirlo en un rehén de sus propios asesores.

Ronald Reagan, el republicano de California, demócrata transformado en republicano y actor de Hollywood convertido en Presidente; hombre de carácter y convicciones firmes, que sobrevivió a un atentado y que, con la fuerza de la democracia, la libertad y la economía, supo enfrentar y participar decisivamente en la derrota del comunismo.

En medio de todas sus victorias, curiosamente, la batalla más cuestionada dentro de la lucha de Reagan contra el comunismo internacional ocurrió en Nicaragua, es decir, su propio patio trasero, con el tema de los “contras” un fantasma que persiguió a su administración durante todo el segundo mandato y cuyo origen podemos rastrear hasta las negociaciones secretas (y fallidas) que tuvieron lugar en la Ciudad de México.

Finalmente, completando este triángulo político de celos, amor y recelo, aparece, del otro lado de la frontera, José López Portillo, el presidente mexicano electo en solitario y promotor obligado de la reforma electoral.

Escritor, deportista y político, obsesionado con la figura de Quetzalcoatl, el pintoresco líder del régimen priísta, que reunió en su persona la más curiosa ensalada de de populismo revolucionario con vulgata marxista y trazos cuasi conservadores.

La figura de López Portillo no se queda, como lo hacen ver sus detractores, en la anécdota de la defensa canina como estrategia monetaria, sino que se extiende en una personalidad interesante y contrastante, entre el idealismo, el cinismo y la corrupción.

Así, “jolopo” es mucho más que “el perro” que no defendió el peso, del mismo modo en que Salinas es más que “El chupacabras” y puede decirse que, en cierto modo, la tragedia del primero marco la pauta para el ascenso del segundo, pues el ocaso de López Portillo hizo posible el dominio de los tecnócratas.

4.2 El contexto socioeconómico

Por supuesto, el otro elemento definitivo en la conformación de la personalidad del presidente mexicano en sus tratos con el vecino del norte fueron las circunstancias, que, por una vez, parecían colocar a México en la posición de poder y a los Estados Unidos de América en una situación, por decir lo menos, comprometida.

El descubrimiento de amplias reservas petroleras en el territorio nacional se convirtió en la gran noticia y el eje de las esperanzas nacionales, al grado de que Según narra en sus memorias el propio director de PEMEX Díaz Serrano, bajo su administración Petróleos Mexicanos se triplicó, pasando del décimo octavo al cuarto sitio en importancia a nivel mundial⁸⁵

⁸⁵ Díaz Serrano, 1989: 64

Por eso, cuando López Portillo nos dice que ahora el problema será “administrar la abundancia” lo hace con pleno convencimiento, para él y para todo el sistema político, el boom petrolero abría las puertas a una nueva etapa llena de riquezas para el país y, por supuesto, para los propios políticos.

Embelesados ante el brillo del “oro negro”, empresarios y funcionarios del gobierno lopezportillista se entregaron por igual a la imprudente manía del consumismo y de la corrupción, de modo, que, cuando el sueño terminó, nuestro país carecía de los mecanismos necesarios para conservarnos en pié.

Y al mismo tiempo, fortalecido –¡oh! cruel ironía- por los petrodólares y los préstamos obtenidos en bancos norteamericanos, el gobierno mexicano pudo utilizar al petróleo para impulsar artificialmente la economía, mientras la deuda del sector se duplicó entre 1976 y 1978, como lo señala Rosario Green.⁸⁶

Mientras tanto, animado por su recién descubierta riqueza, el gobierno mexicano se lanzó a generar una imagen de independencia e incluso de reto respecto a los intereses de Estados Unidos, claro cuidando de no enojar verdaderamente al gigante.

Con el poder del petróleo, el gobierno de López Portillo tuvo la oportunidad de desairar al Presidente Carter y de jugar al líder regional, no solo ante los ojos de Latinoamérica, sino ante todo el llamado “tercer mundo” por supuesto, antes de que el peso de la irresponsabilidad financiera y política provocara la crisis que derribó por tierra los grandes sueños de las autoridades mexicanas.

Como ejemplo y reflejo de esta necesidad de ser respetado en el plano mundial, también podemos observar la búsqueda de premios internacionales, aún bajo premisas que, por decir lo menos, resultan bastante dudosas.

Y es que, todavía a mediados del año de 1981, el mandatario mexicano conservaba el prestigio suficiente como para recibir el Premio “Príncipe de Asturias” como reconocimiento a su trabajo en materia de cooperación internacional.

Un honor que desde entonces han recibido otros presidentes latinoamericanos, como Raúl Alfonsín (Argentina), Oscar Arias (Costa Rica), Fernando Henrique Cardoso y Luiz Inácio “Lula” Da Silva (Brasil)⁸⁷

De acuerdo al acta del Jurado emitida en aquella ocasión, el Presidente López Portillo se hizo acreedor al "Premio Príncipe de Asturias de Cooperación Iberoamericana, 1981", porque bajo su mandato se cerró para siempre el contencioso hispanomexicano, forjándose así el último eslabón de la reconciliación hispana y de la paz civil del pueblo español; proceso que resulta fundamental para la Cooperación Iberoamericana.⁸⁸

4.3 El Contexto histórico

La influencia de los Estados Unidos de América en nuestro país tiene indudables raíces históricas y es que, si nos vamos a los orígenes, el propio nombre oficial de México “Estados Unidos Mexicanos” es una obvia adaptación de su vecino del norte.

⁸⁶ Kaufman Purcell, 1981: 110

⁸⁷ Fundación Príncipe de Asturias. (2011). *Galardonados con los Premios Príncipe de Asturias de Cooperación Internacional*. España. Consultado el 25 de mayo de 2011

⁸⁸ Fundación Príncipe de Asturias. (1981). *Premios Príncipe de Asturias Cooperación Internacional*. España. Consultado el 25 de mayo de 2011

Desde aquellos convulsos primeros años de la vida independiente, cuando Vicente Guerrero le ofreció al maquiavélico embajador norteamericano Joel R. Poinsett la posición de “emperador de México” y hasta los estiras y aflojas de Vicente Fox con George W. Bush o el fiasco de la operación “Rápido y Furioso” en el combate al tráfico de armas, nuestro país ha hecho de su trato con los norteamericanos un tema de fundamental importancia.

Hemos convertido la relación bilateral en una cuestión de honor que justifica la lucha aún ante la certeza de la derrota⁸⁹, basada en la esperanza de, algún día, “poner en su lugar” a “los gringos” y, ciertamente, la primera parte del sexenio de José López Portillo fue cuando, aparentemente, más cerca estuvo México de alcanzar ese objetivo.

También podemos entender las dinámicas de esta relación como lo hizo en su momento el Senador Edward Kennedy: *“Nos odian, primero, porque somos ricos y, dos, por la guerra de 1847, y tres, por la ocupación de Veracruz”*⁹⁰, pero eso sería simplificar demasiado las cosas.

En la visión que los mexicanos tenemos de Estados Unidos existe no solo la envidia y el resentimiento por las ofensas recibidas, sino también la admiración por lo que este pueblo ha logrado a lo largo de los años y la identificación que es el fruto ineludible de los problemas y oportunidades que compartimos.

Esta misma dualidad se refleja, como lo señalo anteriormente, en el pensamiento de José López Portillo y en el actuar de la clase política mexicana que es, simultáneamente recelosa, admiradora y dependiente de su similar en los Estados Unidos.

⁸⁹ Henderson, 2007: 191

⁹⁰ Notimex (2010). *Temía Edward Kennedy control comunista del gobierno mexicano*. México. Consultado el 25 de mayo de 2011 en: <http://www.wradio.com.mx/nota.aspx?id=1312857>

4.4 El Sexenio de López Portillo, un microcosmos de la historia

A López Portillo le tocó tener como colegas a dos de los más disímbolos inquilinos que hayan habitado la casa blanca, el débil Carter y el decidido Reagan, en medio de las turbulentas aguas de la guerra fría, cuando en América Latina se jugaba el futuro del mundo occidental.

El gobierno mexicano intentó durante esos años –al menos en apariencia- impulsar una política independiente a los dictados de Washington, pero, una vez que los estadounidenses se levantaron del aturdimiento de la era Carter, fácilmente pudieron retomar el control, pues, a pesar de toda la palabrería, la economía mexicana depende de su compañera del norte, su principal cliente y proveedor

Mientras tanto, lo mismo en la crisis de la deuda, que en el caso del gaseoducto inconcluso o las relaciones con Nicaragua y Cuba, el trato con los Estados Unidos influyó en forma determinante para darle forma a la política de Los Pinos durante el periodo presidencial de José López Portillo.

Todos estos elementos, el petróleo, la geopolítica, la historia y el narcisismo ayudaron a definir la forma de nuestras relaciones con los Estados Unidos y por ende las consecuencias que estas asumieron dentro de las políticas públicas ejercidas por nuestro país.

Años después de cerrar su ciclo como Presidente de la República, al publicar su autobiografía, López Portillo confiesa un sentimiento ambivalente hacia los Estados Unidos, por un parte los admira y les reconoce por su contrato social, por su inventiva industria, por las ciudades de Nueva York y San Francisco, por sus universidades y sus esfuerzos interestelares.

Por la otra les reprocha el que en su fuerza y con su fuerza no respeten a sus iguales, les reprocha también lo que llama “su incongruencia” y su falta de respeto a hombres e instituciones, en fin, su soberbia, ambición e incongruencia⁹¹, defectos todos que, curiosamente, compartía el propio presidente mexicano.

Algo similar ha ocurrido con todos los demás presidentes, desde Guadalupe Victoria y hasta Felipe Calderón, desde la lucha por Texas y hasta la llamada “Guerra contra el narcotráfico”, desde el desprecio mutuo heredado de la era colonial y hasta la xenofobia que se ha abierto paso aún en el siglo XXI.

Pues, al final del día, nuestras naciones, aliadas, enfrentadas e interdependientes, están unidas, no solo por 3 mil kilómetros de frontera, sino por la herencia enfrentada de las dos grandes potencias (España e Inglaterra) que dieron forma al mundo moderno y por los ríos de tinta, rencor, dinero y balas que fluyen a través de los siglos

Son, parafraseando a Alan Riding, Vecinos Distantes.

⁹¹ López Portillo, 1988: 202

Bibliografía

- Alemán, Ricardo “Itinerario Político”, en *El Universal*, 7 de junio del 2007.
- Apuleyo Mendoza, Plinio; Vargas Llosa, Álvaro y Montaner, Carlos Alberto (1996) *Manual del Perfecto Idiota Latinoamericano*, Plaza y Janés, México.
- Atlante Futbol Club. *Ahora le toca al IMSS*. México. Consultado el 25 de mayo de 2011 en: http://atlantefc.com.mx/historia_13.php
- Ayala Anguiano, Armando (1984) *JLP: Secretos de un Sexenio*, México, Editorial Grijalbo.
- Ayala Anguiano, Armando (1996) *México de Carne y Hueso*, México, Editorial Contenido.
- Banxico (2011). *Índices de Precios al Consumidor y UDIS CP151 – Inflación*. Consultado el 16 de agosto de 2011 en: <http://www.banxico.org.mx/SielInternet/consultarDirectorioInternetAction.do?accion=consultarCuadro&idCuadro=CP151§or=8&locale=es>
- Centro de Estudios de las Finanzas Públicas de la Cámara de Diputados, *Estadísticas Históricas de la Deuda Pública en México, 1980-2001*, septiembre del 2002
- Coulter, Ann (2003) *Treason*, New York, Three Rivers Press.
- Davidow, Jeffrey. (2005). *El oso y el puercoespín*. México: De Bolsillo.
- Dean, John Aurie (1976). *Blind ambition: the White House years*. New York, Simon and Schuste,
- Díaz Serrano, Jorge (1989). *Yo, Jorge Díaz Serrano*, México, Editorial Planeta.
- *El Informador* (2011). *Crece 21.1% comercio bilateral entre México y EU*. Consultado el 16 de agosto de 2011 en: <http://www.informador.com.mx/economia/2011/286024/6/crece-211-comercio-bilateral-entre-mexico-y-eu.htm>

- Federal Deposit Insurance Corporation, *U.S. Home Prices: Does Bust Always Follow Boom?*, 10 de febrero del 2005
- Fuentes Mares, José (1982). *Poinsett: historia de una gran intriga*. México. Ediciones Océano.
- Fundación Príncipe de Asturias. (2011). *Galardonados con los Premios Príncipe de Asturias de Cooperación Internacional*. España. Consultado el 25 de mayo de 2011 en: <http://www.fpa.es/premios/cooperacion-internacional/>
- Fundación Príncipe de Asturias. (1981). *Premios Príncipe de Asturias Cooperación Internacional*. España. Consultado el 25 de mayo de 2011 en: <http://www.fpa.es/premios/1981/jose-lopez-portillo/jury/>
- Guerra Leal, Mario (1979). *La Grilla*, México, Editorial Diana, México.
- Henderson, Timothy J. (2007). *A Glorious Defeat*, Hill And Wang, Estados Unidos.
- Huckabee, Mike (2009). *Do the Right Thing: Inside the movement that's bringing common sense back to America*. Nueva York: Sentinel.
- Huntington, Samuel. (2004) *¿Quiénes somos?* México: Paidós.
- Kaufman Purcell, Susan (Editor) (1981). *Mexico-United States Relations*, New York, Academy of Political Science
- LaRouche, Lyndon. (2007) *Lyndon LaRouche y José López Portillo defienden el principio del bien común*. Estados Unidos. Consultado el 24 de mayo de 2011 en <http://spanish.larouchepac.com/av-media/lyndon-larouche-y-jos-l-pez-portillo-defienden-el-principio-.html>
- López Portillo, José (1982). *Sexto Informe de Gobierno*, México
- López Portillo, José (1988). *Mis Tiempos*, México, Fernández Editores
- López Portillo, José. *Discursos pronunciados durante el inicio anual de labores de la Asamblea General de la ONU*, 1 de octubre de 1982

- López Portillo, José. (1998) *Es necesario que la sabia palabra de Lyndon LaRouche se escuche en el mundo*. Estados Unidos. Consultado el 24 de mayo de 2011 en www.larouchepub.com/spanish/other_articles/2004/Memoria_JoLoPo/07SabiaPalabLHL.html
- Margolis, Jonathan (1999). *Uri Geller: Magician or Mystic?*. Estados Unidos. Consultado el 25 de mayo de 2011 en <http://www.uri-geller.com/books/magician-or-mystic/chapter15.htm>
- Meyer, Jean (2008). *La cruzada por México*. México: Tusquets Editores.
- Meyer, Lorenzo “La coyuntura y la relación con Estados Unidos”, en *El Siglo de Torreón*, 8 de enero del 2009.
- Morley, Jefferson (2008). *Our Man in México: Winston Scott and the hidden history of the CIA*. Kansas: Kansas University Press.
- Nam (1988), *Crónica de la guerra de Vietnam*, 1988, España, Editorial Planeta-De Agostini.
- National Archives & Records Administration. Estados Unidos, Consultado el 25 de mayo de 2011 en: <http://www.ourdocuments.gov/doc.php?flash=true&doc=98>
- National Archives and Records Administration. Estados Unidos, Consultado el 25 de mayo de 2011 en: http://www.archives.gov/exhibits/american_originals/resign.jpg
- Nixon, Richard (1970). *Public Papers of the Presidents of the United States: Richard Nixon*, 1970, Estados Unidos
- Notimex (2010). *Temía Edward Kennedy control comunista del gobierno mexicano*. México. Consultado el 25 de mayo de 2011 en: <http://www.wradio.com.mx/nota.aspx?id=1312857>
- Pazos, Luis (1996). *Problemas Socioeconómicos de México y sus soluciones*. México: Diana.

- Pellicer, Olga (Editor) (1983). *La Política Exterior de México: Desafíos en los Ochenta*. México, CIDE
- PEMEX. *Historia de Petróleos Mexicanos*. México. Consultado el 25 de mayo de 2011 en:
<http://www.pemex.com/index.cfm?action=content§ionID=1&catID=10004>
- Ramales Osorio. Martín Carlos, *La política económica del “desarrollo compartido” (1971-1976). Ineficiencias estructurales y patrón de acumulación*. Observatorio de la Economía Latinoamericana.
- Ramírez, Carlos y Ramos Alejandro (1985). *La Psicosis del dólar*, México, Editorial Diana
- Reagan, Ronald. (1964). *A time for choosing*. Estados Unidos. Consultado el 24 de mayo de 2011.
<http://www.nationalcenter.org/ReaganChoosing1964.html>
- Regan, Ronald (1981). *Remarks at the Welcoming Ceremony for President Jose Lopez Portillo of Mexico*. Estados Unidos. Consultado el 24 de mayo de 2011 en
<http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=43917#ixzz1NJxCEtMI>
- Reagan, Ronald (2007). *The Reagan Diaries*, New York, Harper Collins.
- Riding, Alan (1981). *Mexico, After the Fiesta*. Estados Unidos. Consultado el 16 de agosto de 2011 en:
<http://www.nytimes.com/1982/02/14/world/mexico-after-the-fiesta.html>
- Riding, Alan (1985). *Vecinos distantes, Un retrato de los mexicanos*, México, Editorial Planeta.
- Rodríguez Castañeda, Rafael (1981) “Mercomún del norte o libre comercio, pasos a la integración”, en *Proceso*, 9 de noviembre de 1981
- Rodríguez Castañeda, Rafael, “Jefes y agentes de la federal de seguridad partícipes en la compraventa de autos robados”, en *Proceso*, 10 de agosto de 1981.

- Sirica, John J. (1979). *To set the record straight: the break-in, the tapes, the conspirators, the pardon*. New York: Norton.
- Suárez, Luis (1987). *Echeverría en el sexenio de López Portillo*, México, Grijalbo.
- Sullivan, John (2008) *The President, The Pope & The Prime Minister*, Washington D.C., Regnery Publishing.
- US Embassy (2009). *México-Estados Unidos de un Vistazo*. Consultado el 16 de agosto de 2011 en: http://www.usembassy-mexico.gov/sataglance_trade.pdf
- Vassar University. *The Wars for Viet Nam*. Estados Unidos. Consultado el 25 de mayo de 2011 en: <http://vietnam.vassar.edu/doc9.html>
- Vereza Campos, Mónica, Fernández de Castro, Rafael y Weintraub, Sidney (Coordinadores) (1998). *Nueva Agenda Bilateral en la Relación México-Estados Unidos*. México, Fondo de Cultura Económica.
- Zoraida, J y Meyer, Lorenzo. (1995). *México frente a Estados Unidos. Un ensayo histórico 1776-1993*. México, Fondo de Cultura Económica.
- Zúñiga, Juan Antonio y Cardozo, Víctor (1981) “La tercera parte de los recursos bancarios nacionales, en moneda norteamericana”, en *Proceso*, 24 de agosto de 1981, pag 6

